

## LA LIBERTAD DE CULTOS.

Entre las cuestiones que hoy se agitan en el estado de la prensa y han preocupado siempre el ánimo de los lectores, merece especial mención, por la importancia que entraña, la que sirve de epígrafe á estas líneas.

Desde que la revolución de Setiembre consignó en su Código fundamental la libertad política de cultos, no faltaron ciertamente publicistas que se han consagrado al estudio de esta cuestión trascendental.

Producciones sin duda muy respetables han visto la luz pública, y ambas escuelas, la unitaria y la librecultista, estuvieron dignamente representadas en la prensa y en el Parlamento; pero la pasión política, que todo lo envenena en España, exacerbó los ánimos de una y otra parte, dejando por lo mismo un vacío, como sucede siempre que se ponen sobre el tapete los grandes problemas. Confesamos desde luego que ciertas cuestiones, ó no deben tocarse, ó han de ser tratadas según lo exige su naturaleza y con la extensión que reclama su altísima importancia. Seguramente no abrigamos la loca pretensión de llenar ese vacío y agotar el manantial fecundo de donde brotan las teorías sobre las relaciones de la Iglesia y del Estado; pero á fin de alejar de nuestro ánimo la duda é ilustrarnos en tan importante materia, nos hemos decidido á escribir este artículo, protestando oportunamente de nuestra recta intención y evitando en lo posible prevenciones siempre funestas para la solución de las grandes cuestiones. Sabemos demasiado que el asunto es delicado y el terreno resbaladizo.

Como definir es empezar á resolver una cuestión, diremos que lo mismo los teólogos que los canonistas distinguen dos clases de libertad, la religiosa y la política. Es la primera la profesión tácita ó expresa de todas las religiones como igualmente verdaderas. Que esta libertad es absurda, no necesita demostración. La verdad es una é indivisible, no puede contradecirse á sí misma. Si una religión es verdadera, las demás forzosamente han de ser falsas; porque siendo sus dogmas y sus doctrinas opuestos, admitida la verdad de los unos, reconocemos implícitamente la falsedad de los otros.

La libertad política de cultos es la facultad ó de-

recho que el poder civil reconoce en el ciudadano de seguir la religión que quiera, no porque todas sean igualmente verdaderas, en lo que se distingue de la libertad religiosa, sino por los motivos especiales de credibilidad que cada uno puede tener respecto de la suya.

De esta libertad de cultos es de la que vamos á ocuparnos, y acerca de la misma pueden suscitarse dos cuestiones: 1.ª ¿Debe el Estado permitir la libertad política, ó, como hoy se dice, la tolerancia de cultos? 2.ª ¿Es conveniente esa libertad desde el punto de vista religioso, político y social?

Como quiera que la palabra Estado puede prestarse á diversas interpretaciones, es indudable que entendemos por Estado, en la cuestión presente, las diversas formas de gobierno por las que se rigen los destinos de una nación. Su objeto inmediato es la felicidad temporal de los pueblos. La espiritual sólo puede ser su fin remoto; porque, ordinariamente hablando, es objeto directo de la Iglesia.

De la diversidad de fines depende la distinta esfera de acción de ambos poderes, en términos que ninguno debe traspasar los límites que la razón natural y las leyes le tienen prescrito.

De aquí se infiere que el Estado no puede obligar á los ciudadanos á seguir una religión determinada, porque desde ese momento traspasaría los límites de su jurisdicción, invadiendo lo que sólo es potestativo de la Iglesia. Jesucristo no dijo á los poderes de la tierra (1) *Euntes docete omnes gentes baptizantes eos in nomine Patris et Filii et Spiritus Sancti...* (2) *Qui crediderit et baptizatus fuerit salvus erit, qui vero non crediderit condemnabitur*, sino á los Apóstoles y á sus sucesores. También á estos, y no á los poderes de la tierra, les dijo: (3) *Qui vos audit me audit, qui vos spernit me spernit*. Quien á vosotros oye á mí me oye, quien os desprecia á mí me desprecia. Lo que corrobora después con aquella magnífica sentencia: (4) *Qui Ecclesiam non audierit, sit tibi sicut Ethnicus et Publicanus*. El que no oiga la autoridad de la Iglesia, tenlo como un Gentil.

Ahora bien: si el Estado no puede pronunciar su fallo acerca de la verdad ó falsedad de las doctrinas; si no puede formular sentencia sobre el asunto; si es

(1) Mat., c. xvi, v. 17.

(2) Mat., c. xviii, v. 17.

(3) Mat., c. xxviii, v. 19; Marc., c. 16, v. 16.

(4) Mat., c. xviii, v. 17.

incompetente para obligar á que los hombres crean tales ó cuáles dogmas, porque este derecho es potestativo de la Iglesia, ¿qué recurso le queda sino permitir á sus subordinados la libre profesion del culto segun los motivos de credibilidad que tenga cada uno, ó, lo que es igual, sancionar la libertad política de cultos?

Establecer la unidad católica, vale tanto como reconocer en el poder civil el derecho de juzgar la infalibilidad de las doctrinas y sobreponer su juicio al juicio de la Iglesia.

Así el Estado, á la vez que respeta la jurisdiccion eclesiástica, no define ni sanciona la verdad de ninguna religion; sólo consagra el derecho del ciudadano, sin prejuzgar la cuestion dogmática, que deja íntegra al criterio de la Iglesia. La esencia ó naturaleza de esa potestad es espiritual, afecta á la conciencia del ciudadano; no puede pertenecer, por tanto, al dominio del poder civil.

Pero se dice: el hombre no tiene derecho á seguir el error, debe por el contrario abrazar la verdad; luego el Estado no puede reconocer un derecho que no existe. Por otra parte, el Estado puede conocer la verdad de la religion católica por el testimonio de la misma Iglesia, y sin necesidad de ingerirse en sus atribuciones, ántes bien de acuerdo con ella, decretar la unidad católica como se había pactado en el Concordato de 1851.

Admitimos de buen grado que no hay derecho al error, y que el hombre tiene la obligacion de abrazar la verdad; pero esto se entiende cuando la verdad es suficientemente conocida. Ahora bien: en una nacion, aunque esta nacion se llame España, ¿tiene la verdad católica igual fuerza para todos los hombres? ¿Profesan todos los dogmas del catolicismo? ¿Están todos persuadidos de la verdad de esos dogmas? Siquiera sea doloroso confesarlo, es evidente que no. Luego los ciudadanos tienen individualmente derecho por lo ménos á investigar la verdad, y esta no se posee miéntras trata de investigarse. Y en tal concepto, ¿cuál debe ser la mision de los poderes sino reconocer ese derecho? Los partidarios de la unidad religiosa suponen que todos los hombres están persuadidos de la verdad del catolicismo, suposicion gratuita muy difícil de demostrar. Admitamos en buen hora que todos deben reconocerla; pero una cosa es el deber y otra cosa el hecho.

Cierto que hay obligacion de abrazar la verdad; pero la verdad puede ser objetiva y subjetiva ó formal. La verdad objetiva, llamada así porque se identifica con el objeto, es aquella que existe en la doctrina independientemente de nuestro asentimiento. La verdad subjetiva es la conformidad de nuestra inteligencia con la cosa conocida. Haciendo aplicacion de estas nociones, diremos que la reli-

gion católica tiene sin duda la verdad objetiva, pero no es por desgracia para todos una verdad subjetiva; y no siéndolo, ¿quién debe hacerla asequible á todos los hombres, el Estado ó la Iglesia? Es indudable que la Iglesia: de otra manera carecerían de explicacion las citadas palabras de Jesucristo, y además hemos probado suficientemente que sólo la Iglesia puede conocer y juzgar acerca de esas verdades. La obligacion es siempre correlativa del derecho. Si los fieles tienen obligacion de oír la voz de la Iglesia, es porque sólo la Iglesia tiene el derecho de enseñarlos.

Al sostener que el poder civil debe permitir la tolerancia de cultos, no por eso concede á los súbditos derecho al error. Hablando con propiedad, sólo permite aquello que no puede impedir sin salir de sus atribuciones. El Estado no puede ejercer coaccion directa sobre las conciencias. La obligacion de abrazar la verdad, siendo como es individual, no puede ser objeto inmediato de su inspeccion, sino de Dios ó de su representante en la tierra, la Iglesia de Jesucristo. Sabe ciertamente que todos debemos abrazar la verdad, y desea, como la Iglesia, que todos la profesen; pero á él no le incumbe exigir el cumplimiento de esa obligacion.

Contestada y resuelta la primera dificultad, pasemos á la segunda. Dice esta que el poder civil puede conocer la religion verdadera, y obligar, por consiguiente, á sus gobernados que la profesen, ó al ménos permitir sólo el culto público de la religion católica, y, concretándonos á España, así estaba pactado en el Concordato de 1851.

Aquí prescindimos de la cuestion de derecho; el Concordato es un contrato bilateral, y los contratos bilaterales pueden modificarse con el consentimiento mútuo de los contratantes, máxime si lo exigen circunstancias gravísimas, como la paz de los pueblos, la concordia con las demas naciones, el bien de la misma Iglesia, etc. Por eso, los contratos bilaterales se consideran como condicionados; la obligacion que de ellos nace no debe entenderse nunca en perjuicio de graves intereses; de otro modo sus efectos serian á veces perniciosos y tendrían carácter de perpetuidad, lo que razonablemente no puede admitir ningun jurista.

Por lo demas, y prescindiendo de ese pacto, el Estado ó el poder civil no reconoce la verdad de ninguna religion, al ménos como entidad moral; para reconocerla era indispensable suponer en los individuos que lo constituyen una autoridad infalible de que carecen. La mayor parte de los hombres, ni tienen instruccion, ni medios y á veces ni tiempo para hacer el estudio comparado de las religiones. Si este es un dato digno de tomarse en cuenta para la generalidad de los hombres, mucho más debe serlo para los que están consagrados á la gestion de

la cosa pública. El poder civil, por varias causas, como, por ejemplo, el respeto á las tradiciones, la inclinacion de sus habitantes, etc., puede reconocer una religion determinada como religion del Estado; pero no como verdadera, ideas que generalmente se confunden, y, no obstante, son muy distintas. ¿Acaso es infalible el poder civil para definir que tal ó cual religion es la verdadera?

Se dirá: pero es infalible la Iglesia, y á los poderes públicos les basta ese juicio. La infalibilidad de la Iglesia será un dogma para los católicos; no lo será seguramente para los sectarios. En la hipótesis, hoy bastante probable, de que en las regiones del poder haya individualidades que no admitan la verdad del catolicismo, de nada sirve para éstos el criterio de la Iglesia. Dada la realidad de esta hipótesis, ¿cómo podrán establecerse leyes obligando á que los súbditos profesen una religion cuya verdad niegan los mismos legisladores? ¿No sería esto un verdadero absurdo, una manifiesta contradiccion?

Hay un axioma filosófico que dice: *Quod nimis probat, nihil probat*. Lo que prueba demasiado, nada prueba. Este axioma es de gran oportunidad en la cuestion presente. Si el criterio de la Iglesia es infalible para los católicos, no lo es ménos para el protestante el juicio de la suya, y lo que se dice del protestantismo debe tambien entenderse de las demas religiones; de forma que tendríamos que admitir la infalibilidad de todas las sectas.

Es verdad que sólo es infalible la Iglesia católica, alta prerogativa con que quiso dotarla su augusto fundador; pero esta verdad trascendental no puede ser comprendida por la generalidad de los hombres que, como ya hemos dicho, carecen de la ilustracion necesaria para dedicarse al estudio serio de cuestiones verdaderamente profundas y nada vulgares.

Los rústicos, que, segun la bella expresion de Tertuliano, son siempre la mayor parte, obedecen á otros móviles cuando prestan su asentimiento al objeto de sus creencias. Hé aquí por qué no admitimos que la infalibilidad de la Iglesia sea motivo bastante para determinar en los hombres el asentimiento á las verdades reveladas. Ni podía ser de otra manera; porque ántes de reconocer la infalibilidad de la Iglesia, es necesario saber cuál es la verdadera, su constitucion, notas y caracteres, estudio que tampoco es comun á todos. A poco que se estudie la naturaleza del corazon humano, se descubrirá desde luégo la influencia que sobre él ejercen la educacion, la autoridad paterna, las ideas preconcebidas, las impresiones de la infancia, el clima, los usos, las costumbres y otras mil causas de cuya combinacion pende, á no dudarlo, la determinacion individual en favor de un culto más bien que de otro. Si un campesino de Inglaterra ó del Norte de

América fué educado por sus padres en el protestantismo; si en él ha recibido sus primeras impresiones; si le falta la luz eterna de la gracia para conocer la grandeza de nuestra religion, la sublimidad de nuestras ceremonias, la belleza de nuestros templos y la suntuosidad de nuestro culto, ¿por qué admirarnos de que ese hombre sea perpetuamente adicto al protestantismo? ¿Acaso está en su mano poder evitarlo? Ved ahí la principal razon por que defendemos la libertad política de cultos, porque son diversos los motivos de credibilidad que cada uno puede tener respectivamente de su religion, en virtud de la diferencia que existe tambien en la educacion, enseñanza, leyes, usos y costumbres de los pueblos. No es posible emanciparse de ese yugo, de esa presion que sobre el espíritu humano producen causas tan poderosas. Se necesita una fuerza superior para operar un cambio radical en ese espíritu dominado por tan extrañas y misteriosas simpatías. Ni el Estado con sus prescripciones, ni la Iglesia con su infalible doctrina, podrán jamás libertar al espíritu humano de ese funesto yugo. ¿Qué os importa, defensores de la intolerancia, establecer la unidad religiosa, si con todo ese exclusivismo no podeis hacer penetrar la verdad católica en ese corazon dominado por el libre exámen ó quizá yerto por el frio glacial de la indiferencia! Ese cambio, que puede llamarse un verdadero milagro, sólo puede ser obra de la gracia, y esta ha sido tambien la doctrina constante de la misma Iglesia.

Se dirá que esto tambien prueba demasiado, porque si son diversos los motivos de credibilidad, todas las religiones serán verdaderas, resultando cierto el principio de Arago de que la religion verdadera es aquella en que uno ha nacido; lo que no deja de ser un absurdo. Al afirmar que son diversos los motivos de credibilidad, los consideramos no objetiva sino subjetivamente, y en especial respecto á aquellos que carecen de ilustracion bastante para conocer la verdad, como son, por ejemplo, los rústicos; de donde se infiere que, considerada objetivamente, sólo hay una religion verdadera; pero subjetivamente podrán serlo varias en la existimacion de los hombres, que con frecuencia suelen tomar la verdad por el error y viceversa. La Iglesia, más tolerante que los defensores de la unidad religiosa, ha reconocido siempre los herejes de buena fe ó materiales, que son aquellos que profesan invenciblemente el error, y los formales ó de mala fe que lo abrazan con pleno conocimiento. Hablamos de los primeros, no de los segundos, por más que unos y otros es difícil abandonen la religion en que han nacido ó fueron educados sin un especial auxilio de la gracia, y esta hemos dicho que fué siempre la doctrina de la Iglesia. Cuando los de Corinto, que habían vivido en el paganismo, se gloriaban de

haber abrazado la fe, el apóstol San Pablo les reprende con estas palabras (1): *Quid habes quod non accepisti? Si autem accepisti, quid gloriaris quasi non acceperis?* Con lo que quiso demostrarles que la fe recibida la debían exclusivamente á la gracia, á un auxilio especial de la Providencia.

Esto mismo insinúan aquellas palabras que dirigió á los de Efeso (2): *Gratia enim estis salvati per fidem et hoc non ex vobis, Dei enim donum est.* Os ha salvado la gracia por medio de la fe, y eso no lo debéis á vosotros mismos, sino á un don de Dios. Lo que confirmó despues con aquellas otras (3): *Gratia Dei sum id quod sum.* Debo á la gracia de Dios todo lo que soy. Podemos afirmar con seguridad que todas las epístolas de San Pablo se hallan inspiradas en esta doctrina; pues en diversos lugares sostiene no podrían venir los gentiles al conocimiento de la revelacion sin la gracia, y que ántes de abrazarla no había vicio con el que no estuviesen manchados y al que pudiesen resistir. Omitimos de intento la autoridad de San Agustín, el ariete de los pelagianos, en su celebrada obra de *Prædestinatione sanctorum*, cap. III y siguientes; y las de San Jerónimo, San Próspero, el ilustre español Paulo Orosio, Mario Mercator y otros; y las de los pontífices Inocencio I, Bonifacio I, Sixto III, cuyas referencias serían interminables. Basta á nuestro propósito las citas aducidas para demostrar que los motivos de credibilidad son insuficientes para determinar nuestro asentimiento á la fe, y que se necesita una ilustracion superior que sólo puede ser obra de la gracia; de donde se infiere, que el espíritu que aún no se halla ilustrado por esa luz divina, prefiere con frecuencia, á pesar de los resplandores de la verdad, vivir y morir en la religion en que fué educado. Se dirá, por último, que esta doctrina no tiene aplicacion en España, donde todos fueron educados en el catolicismo; que no hay necesidad, por tanto, de abrir las puertas al error, y que no nos hallamos tampoco en los tiempos de San Agustín y San Jerónimo, en que era tan viva la lucha entre el cristianismo y las nuevas sectas.

Aparte de que nosotros defendemos la tolerancia de cultos en general sin limitarnos á España, vamos á contestar á estas observaciones en la solucion de la cuestion segunda, á saber: ¿es conveniente la tolerancia de cultos en el orden religioso, político y social?

En el orden religioso. Aunque se dice que en España todos profesan y fueron educados en el catolicismo, una dolorosa experiencia nos enseña que esta verdad no es tan clara como fuera de desear.

Si profesar el catolicismo es ser bautizado en el seno de la Iglesia católica, desde luego confesamos que en España todos profesan el catolicismo. Si profesar el catolicismo es, como creemos, adherirse á sus dogmas y practicar sus virtudes, pocos podrán, por desgracia, vanagloriarse de merecer ese honroso dictado; y es, sin duda, la causa de este fenómeno el empeño de conservar la unidad católica, sin obligar por eso á las prácticas del catolicismo.

Una vez establecida la unidad religiosa, sin una sancion penal que obligue ó todos al cumplimiento de los deberes cristianos, se da ocasion á que la indiferencia domine á la mayor parte de los hombres; de suerte que los defensores de la unidad católica, al impugnar la libertad política de cultos, caen inconscientemente en el error más funesto de admitir la libertad religiosa, que, como queda demostrado, es absurda.

A la verdad, ¿qué es la libertad religiosa más que el indiferentismo? El incrédulo, el indiferente no cree nada, porque considera todas las creencias iguales. El resultado siempre es el mismo. Si el poder civil prohíbe la tolerancia de cultos, y al mismo tiempo permite que cada uno crea y viva como quiera, por salvar en apariencia la unidad católica consiente que se la mine por su base, que la destruya lentamente el enemigo más cruel de todas las religiones, que se seque, por decirlo así, ante el frio de la indiferencia. Defender la unidad religiosa, sin obligar á su observancia, es defender el ateísmo, que tan terribles proporciones ha tomado en nuestros días. ¿Quereis la unidad católica? Pues vengan en ese caso los tiempos de Felipe II. Venga la Inquisicion con sus horrores, los autos de fe y los procedimientos religiosos, la persecucion de los herejes y de los apóstatas. Al ménos así, la indiferencia sería oculta, pero no estaría legalizada.

Confesais que no se puede volver á esos tiempos, que la civilizacion y cultura de nuestro siglo no lo permiten, que las leyes de la humanidad no lo consienten; pues en ese caso admitid la tolerancia de cultos y sereis lógicos. Entre esos dos extremos no hay medio; entre esos dos extremos sólo hay un abismo, y ese abismo es la indiferencia, profunda sima donde se ahogan todos los sentimientos y creencias. ¡Peregrina idea! Rechazar la libertad política y sancionar en la práctica la libertad religiosa. No admitir en nuestro seno á los herejes, y en cambio, consentir á los incrédulos, á los ateos y á los indiferentes. Si se permite lo más, ¿por qué no se permite lo ménos? Hé aquí por qué defendemos la tolerancia de cultos como conveniente en el orden religioso, es decir, para los intereses mismos del catolicismo.

Se dice que la presencia en nuestro suelo de

(1) Ep. I Cor.

(2) C. IV, v. 7.

(3) C. II, v. 8.

otras sectas sería un peligro constante para los incautos, y tal vez causa de apostasias: sea en buen hora; pero también sería causa de algunas conversiones, y el mal estaría suficientemente compensado. La prueba de este aserto es de fácil demostración. La prensa, y en especial la prensa católica, refiere diariamente numerosas conversiones en los Estados-Unidos, en Inglaterra, en Alemania y otros países donde existe la tolerancia de cultos. Por otra parte, esas apostasias, que tanto lamentan los apologistas de la unidad, existen há largo tiempo en nuestra patria, si bien cubiertas con cierto velo de pudor que impide sus manifestaciones. Lo diremos sin reserva: preferimos las apostasias francas á esas apostasias embozadas.

La escuela unitaria admite, sin duda, la existencia y desarrollo continuo de las sectas secretas; ¿y qué son los miembros de las sociedades secretas sino verdaderos apóstatas que profesan externamente el catolicismo y al mismo tiempo abjurán ocultamente sus dogmas?

De nada sirve el culto externo sin el interno, pues, según la doctrina de la Iglesia, ambos son necesarios para conseguir la salvación, y poco importa establecer sólo el culto externo públicamente si en el fuero de la conciencia se autoriza su abjuración.

Léjos de perjudicar á los intereses del catolicismo, la libertad política de cultos favorecería *considerablemente su desarrollo al contacto de las sectas disidentes*. Créese comunmente que los extranjeros no vendrán á establecerse en España, y lo sentimos. La presencia en nuestro suelo de los protestantes, de los árabes, esos constantes adoradores de Alá, de los hebreos y de las demás religiones, dado que fuese un suceso doloroso para el corazón de los verdaderos católicos, sería en cambio una protesta viva contra la conducta de los indiferentes. El recogimiento que observan en sus templos, mezquitas y pagodas, la asiduidad con que asisten á sus fiestas religiosas, el fervor con que recitan sus plegarias, la fidelidad con que guardan los ayunos y los días de fiesta, formarían notable contraste con nuestro abandono en el cumplimiento de los deberes cristianos. Su religiosidad despertaría, sin duda, la tibieza de muchos y enrojecería de vergüenza el rostro de los que se llaman católicos y no lo son más que en el nombre.

Al ménos demostrarían con la publicidad de sus actos que sólo los católicos se avergüenzan de profesar el catolicismo, y ¡quién sabe! quizá sacasen de su letargo á los que duermen el sueño de la indiferencia. Ciegos, privados hasta ahora de la antorcha de la fe, cumplen á pesar de eso mejor que nosotros los preceptos de su ley y las máximas de su religión.

Pero hay más: la protección exclusiva del catolicismo ha sido en todos tiempos una fuente perenne de perturbaciones, origen de grandes conflictos, y ha dado á la Iglesia verdaderos días de luto. La historia nos enseña que á medida que el Poder la dispensaba su protección, se creía con más derecho á usurpar sus atribuciones. No queremos decir con esto que los Gobiernos nieguen su protección al catolicismo. Consignamos sólo un hecho histórico para demostrar que esa preferencia por parte del Poder secular es tan peligrosa como interesada. Teodosio el Grande, uno de los Emperadores más ilustres que honran la púrpura, ordenó por sí la destrucción de los templos paganos, desatendiendo los consejos de San Juan Crisóstomo, que decía: «No es con la opresión y la violencia como los cristianos deben destruir el error; con la persuasión, la enseñanza y la caridad es como deben salvar á los hombres (1).» En Alejandría se derribó el Serapion, uno de los mejores templos de aquella época. Esta conducta excitó más el odio de los paganos. Libanio decía: «La religión es esencialmente contraria á la violencia; sólo la convicción es aceptable á sus ojos; la coacción le repugna. ¿De dónde viene, pues, vuestro furor contra los templos? Destruirlos es emplear la fuerza y no la persuasión, es violar abiertamente las leyes de vuestra creencia (2).» Así el Emperador, con un celo indiscreto, y creyendo dispensar un beneficio á la Iglesia, suscitaba apologistas al paganismo. ¡Tan cierto es que una idea no se la mata con la opresión!

Llevado Sisebuto de un exceso de celo, obligó á bautizar á los judíos bajo la pena de destierro y confiscación de sus bienes. Semejante medida fué causa de que muchos abandonasen el territorio español, con grave perjuicio del comercio y de la industria. El Concilio cuarto de Toledo reprobó la conducta de Sisebuto, disponiendo en el cánón 57 que se aconsejase á los judíos á abrazar el cristianismo, pero que no se les obligase.

La ingerencia del Poder civil en los asuntos espirituales siempre ha sido funesta. Creyendo Justiniano favorecer los intereses del cristianismo, se atrevió á dogmatizar, condenando por su propia autoridad los tres capítulos, de donde nació el conflicto con el Papa Vigilio, á quien persiguió con tal saña, que llegó á poner sus sacrílegas manos sobre la augusta persona de un Pontífice. Conocidas las buenas dotes de Justiniano, debemos también presumir que su celo exagerado por la fe le ha llevado á ese extremo.

Todos conocen la lucha sostenida entre el Pontífice Gregorio VII y Enrique IV por la cuestión de las

(1) Soc., v. 16.

(2) Teod., v. 22.

investiduras, cuestion que dió lugar á que se depusieran mutuamente, produciendo un cisma entre los fieles y escandalizando á los piadosos.

Pudiéramos citar otros muchos hechos; pero basten los referidos para evidenciar que el favor exagerado de los Príncipes puede ser perjudicial, y que si el Poder civil se hubiera limitado á una proteccion razonable, no tendrían lugar esos conflictos. Por eso sostenemos que la tolerancia de cultos es conveniente para la misma Iglesia; pues de otra manera, el Estado, á cambio de esa exclusiva proteccion que la dispensa, se cree con derecho á intervenir sus actos, y este, sin duda, fué el origen de las regalías, que tanto debilitaron el Poder eclesiástico y rebajaron su dignidad.

Pero tambien es conveniente la tolerancia de cultos en el órden político. Todos los teólogos reconocen causas justas en virtud de las cuales puede permitirse la tolerancia de cultos, de forma que, á no bastar las razones expuestas, si demostramos que esas causas existen en España, estará plenamente justificada nuestra doctrina. Creemos no será difícil la demostracion.

Una de esas causas, que consideramos justísima, es la buena armonía con las demas naciones. España, hoy más que nunca, por causas de todos conocidas, debe estrechar sus relaciones con las demas potencias. Profundamente trabajada por las divisiones y la lucha incesante de los partidos, sería una medida imprudente provocar extraños odios, cuando tiene tantos que calmar en su interior.

Es un hecho innegable que la tolerancia de cultos existe en todas las naciones, que en su consecuencia se tolera el catolicismo aún en aquellos países que le son más refractarios. Pues bien: dada la hipótesis que las naciones exijan de nosotros la tolerancia de cultos, ¿qué podemos contestar razonablemente á esa exigencia? ¿Hemos de negársela para suscitar nuevas complicaciones, ó tal vez para que ellos observen la misma conducta con la religion que tenemos la dicha de profesar? Bastaría esta razon para justificar la tolerancia de cultos en nuestra desgraciada patria.

Ni obsta decir que la verdad tiene derechos á que no puede aspirar el error; pues para eso era indispensable que todos los gobiernos, que todos los poderes del mundo reconociesen la verdad católica y la abrazasen voluntariamente, lo que por desgracia no es así.

Al sancionar la libertad política de cultos, no por eso se abre la puerta al error, como vulgarmente se dice; se toleran las personas que profesan el error, siguiendo en eso la máxima de San Agustin: *Interfícite errores, diligite personas*. Matad los errores, pero amad las personas; máxima que siempre deberíamos tener presente. Si en tiempos de

ménos libertad se han tolerado los judíos, como vemos por la historia, nada tiene de particular que se toleren en el siglo XIX. Se dirá que el hecho precedió al derecho, es decir, que la existencia de los judíos fué anterior á la tolerancia de su culto. Sea; pero tambien es un hecho la tolerancia de cultos, y por consiguiente de judíos, en todas las naciones; y además si en España no hay herejes declarados, hay aficiones más ó ménos encubiertas á la herejía, y si estuvieron los judíos vigilados, como han insinuado algunos, no fué por coartar su libertad, sino por temor á que conspirasen contra el Poder.

En todos los argumentos que se hacen contra la tolerancia de cultos hay una confusion lamentable: generalmente se confunden los deberes del individuo con los deberes del Estado. Individualmente todos los hombres deben profesar el catolicismo, única religion verdadera; pero el Estado, como hemos dicho, no puede ni debe exigir el cumplimiento de esa obligacion. Precisamente esa es la mision que tiene la Iglesia sobre la tierra. Si el Estado la usurpa, ¿qué le queda que hacer á la Iglesia? Si hay peligro de prevaricaciones, por más que ese peligro existe siempre, al ménos en el fuero de la conciencia, haya ó no haya tolerancia de cultos, pues en España, como en todas partes, el que quiere cree y el que no quiere no cree, ya tratarán de alejar ese peligro el celo y vigilancia de los padres de familia que sean verdaderamente católicos, y el de todos aquellos á quienes incumbe el cuidado de las almas, por medio de la persuasion, de la enseñanza y del buen ejemplo, que son las armas que deben emplear, prohibiendo á los católicos el trato y comunicacion con los herejes declarados, como está mandado por la misma Iglesia, bajo pena de excomunion. Pues qué, ¿no tienen la misma obligacion respecto de los incrédulos, ateos é indiferentes? ¿Acaso ofrecen éstos ménos peligro, y sin embargo se consienten? Es además un hecho que en España, dada la libertad de imprenta, si no se puede atacar la religion, al ménos pueden defenderse, como sucede diariamente, sistemas condenados por la Iglesia, como son el panteísmo, el materialismo y otros. ¿Y no será una exigencia ridícula negar la cédula de vecindad á los herejes que sólo rechazan dogmas determinados, cuando se concede á los que niegan á Dios, el alma, la eternidad y otras verdades que son la base de toda religion y de la sociedad? No sabemos qué cosa pueda contestarse á esto razonablemente. ¿Qué importará la conservacion de de la unidad católica, si al fin los interesados en sostenerla no pueden evitar la adopcion de sistemas que tanto privan entre nosotros?

Es conveniente, por último, la tolerancia de cultos en el órden social.

Cuando todas las naciones tienden á unirse por medio de intereses que les son comunes, y el comercio y la industria, merced á la rapidez de las comunicaciones, se hallan extendidos en todos los países; cuando la tendencia y el espíritu de nuestro siglo es sin disputa á la unidad, borrando en todas partes la diferencia de castas y de privilegios, no es posible sostener el exclusivismo de una religion, contrariando así la tendencia de la época en que vivimos. Establecer ese privilegio, siquiera sea en beneficio de la religion verdadera, es oponerse á la corriente inevitable de una generacion que odia los privilegios, es acentuar más la rivalidad entre las mismas religiones y poner obstáculos al desarrollo del comercio y de la industria garantidos mejor con la tolerancia de cultos.

Restaurada la monarquía española en la augusta persona de D. Alfonso XII, y ansiosa esta desgraciada nacion de la paz que tanto necesita, sería poco prudente, sería una resolucion poco política dejar pretextos á los enemigos del órden para fomentar nuevas revoluciones que pusieran en peligro otra vez la monarquía y la patria. Baste ya la experiencia de los últimos sucesos que no queremos recordar, y aunque la tolerancia de cultos es una conquista de la revolucion, y como tal parece debía reprobarse, debemos advertir que no todo lo que hizo la revolucion es malo, y si las Córtes la sancionan nuevamente, darán una prueba de que la monarquía de Alfonso XII acepta todas las conquistas que sean razonables, entre las que comprendemos la tolerancia de cultos. Léjos de ser un peligro para ella, como suponen algunos, creemos, por el contrario, que servirá para consolidarla; y la razon es obvia: los católicos, los verdaderos católicos seguramente no conspirarán, y los que no lo sean tampoco, porque verán satisfechos sus deseos, al ménos por ese lado.

Tambien se dice que la libertad política de cultos destruye nuestra unidad. No sabemos cómo hay quien se atreve á hablar en una nacion tan profundamente dividida como España de unidad. De cualquiera manera, ¿la tolerancia de cultos en otras naciones destruye su unidad? ¿Pues por qué ha de destruirla en España? ¿Qué nacion más unida que la Inglaterra, y sin embargo existe allí há largo tiempo la libertad de cultos?

Que esa libertad producirá perturbaciones. Pero en dónde, ¿en las familias ó en los pueblos? En las familias no puede ser, porque la jurisprudencia canónica prohíbe celebrar matrimonio con personas que profesan diverso culto, y si alguna vez permite los matrimonios mixtos es con dispensa de la Santa Sede, y bajo tales condiciones que ponen á la familia á cubierto de todo peligro de perversion. Con los pueblos tampoco, con tal que estén garan-

tidos todos los cultos conforme se hallan en los demas países; y ya que de esto se trata, debemos consignar, de paso, que despues de la revolucion los católicos han sido vejados en algunos pueblos; pero abrigamos la conviccion de que, una vez pasadas las primeras impresiones, no se repetirán esos excesos, que indudablemente serían castigados como merecen; ni debe compararse aquella época con la presente.

Se dirá, finalmente, que de todos modos la libertad de cultos está condenada en el *Syllabus*, y que por tanto no puede obtener nunca el asentimiento de la Santa Sede.

El *Syllabus* no condena la libertad política de cultos; si la condenase, como ese documento procede del Jefe supremo de la Iglesia, tendríamos que admitir la condenacion de todos los gobiernos católicos que la sancionaron. Lo que condena el *Syllabus* es la libertad religiosa é individual de cultos, como se demuestra por su párrafo tercero, donde se reprueba y condena la doctrina de los que dicen que el hombre puede abrazar y salvarse en cualquiera religion, que es lo que constituye la libertad religiosa; pero el Estado, al sancionar la libertad política de cultos, más bien como una necesidad de los tiempos que como un derecho al error, no por eso enseña que el hombre pueda salvarse en cualquiera religion; pues el Estado no puede impedir que los hombres abracen el error, como tampoco puede impedirlo muchas veces la misma Iglesia; y la prueba más patente de que el *Syllabus* no habla de la libertad política, es que la Santa Sede no puede contradecirse á sí misma, toda vez que admite, como ya dijimos, causas en virtud de las cuales se puede permitir la libertad política de cultos, y ella misma la ha sancionado en algunas ocasiones.

Una vez reconocida por la Santa Sede la dinastía de D. Alfonso, y reanudadas las relaciones que en mal hora había roto la revolucion, habiéndose dignado además la corte de Roma enviar su representante, y teniendo en cuenta las circunstancias especiales por las que está pasando España, debemos presumir de la madurez con que procede en todo, consentirá por fin en el establecimiento de la tolerancia de cultos; y ofenderíamos la gloriosa memoria del venerable Pontífice que ocupa la silla de Pedro, si por un momento creyéramos que por no ceder á tan justa reclamacion hubiera de darse lugar á un nuevo rompimiento, con gran perjuicio de los fieles.

Por otra parte, la Iglesia tendrá en España toda la proteccion que se la debe, y la religion católica continuará siendo la religion del Estado en términos que sólo podrán ser empleados públicos los que la profesen, y sus dignos ministros percibirán las do-

taciones con la puntualidad que permitan las circunstancias.

Con estas garantías creemos nadie se opondrá á la tolerancia de cultos. Los impugnadores de esta dicen que en España todos, con muy ligeras excepciones, son católicos, y que no se necesita la libertad de cultos, porque nadie va á abjurar la religion de sus padres: pues por lo mismo sostenemos nosotros que no hay inconveniente en establecerla, cuyo argumento no deja de pugnar con el tan temido peligro de las prevaricaciones. Por lo demas, al defender la tolerancia, más bien lo hacemos en beneficio de los extranjeros que de los españoles.

La Iglesia católica, poseedora de la verdad, nada tiene que temer de sus enemigos. Ella se abrirá paso á través del error, como se lo abrió á través de las tinieblas del paganismo. Ella es el camino, la verdad y la vida. Su espíritu no es espíritu de repulsion, sino de atraccion dispuesta á recoger en su seno á los que voluntariamente reconozcan la luz eterna de la verdad. Su constante mision en la tierra es abrir los brazos como su divino Maestro á todos los que buenamente confiesen sus extravíos, y su única aspiracion reunir todos los hombres por los vínculos de la paz y de la caridad para que formen un solo redil y una sola fe.

Tales son las razones por las que creemos que la tolerancia de cultos facilita la mision de la Iglesia, y será conveniente en el orden religioso, en el orden político y en el orden social.

J. T.

Madrid 10 de Febrero de 1876.

## LOS CENTROS DE CREACION

Y LA

## APARICION SUCESIVA DE LOS VEGETALES.

*Die Vegetation der Erde nach ihrer klimatischen Anordnung, por A. GRISEBACH, Leipzig.*

Los problemas por mucho tiempo indescifrables del origen de los animales y de los vegetales no se abordaron de una manera seria hasta el principio de las investigaciones paleontológicas, y, pudiera decirse, hasta la época del gran Cuvier. Los zoólogos se han concretado por espacio de muchos años á estudiar los seres que se denominaban en conjunto *antediluvianos*; los botánicos vinieron despues, y, aunque en estos últimos años han dado pasos de gigante, los descubrimientos de la paleontología vegetal no han llamado todavía la atencion en el grado que merecen. Juzgaráse de la importancia de estos descubrimientos por los resultados que hoy mismo puede obtener una induccion legitima cuando se

trata de darse cuenta del origen de los innumerables vegetales que nos rodean y de las causas que los han distribuido en las regiones en que se encuentran sobre la tierra. Veráse principalmente cuánta luz arrojan sobre la hipótesis de los centros de creacion múltiples, que aún tiene tantos partidarios, pero que no podría resistir una crítica seria fundada en los hechos; veráse tambien, y así lo esperamos, hasta qué punto son favorables ó contrarios los descubrimientos recientes á la doctrina de las épocas de creacion, fundada en la aparicion sucesiva de los vegetales.

I.

Al dirigir una mirada general al conjunto de los vegetales, reconócese en seguida que se agrupan por tipos de aspecto semejante en ciertas áreas que caracterizan, y á las que se da el nombre de *regiones naturales*. Uno de los veteranos de la ciencia alemana, M. Grisebach, profesor de la Universidad de Gottinga, en una obra reciente, tan digna de elogio como susceptible de crítica, admite, con alguna arbitrariedad, veinticuatro regiones de estas para toda la superficie del globo. Antes de examinar el valor de estas subdivisiones, empezaremos, para fijar las ideas, por citar tres: la *region mediterránea*, la *region sahariana* y la *region del Amazonas*.

La region mediterránea, única conocida por la antigüedad clásica, limitada al Norte por los Pirineos, los Alpes y los Balkans, al Sur por el Atlas africano, al Este por las altas mesetas de la Siria y al Oeste por las de España, ve crecer en las orillas de su gran lago interior los árboles más diversos, caracterizados por la persistencia de su follaje; encinas verdes, el mirto, el granado, los naranjos, el laurel-rosa, los cistos, los acantos, el olivo y muchos árboles de la misma familia. Un cielo despejado siempre, playas abrigadas por las montañas de los crudos vientos del Norte ó de los cálidos del desierto, un mar cuya benéfica humedad templá los ardores del sol, y al que protege de las mareas la angosta fractura de Gibraltar; tales son los elementos del clima mediterráneo, que se revela repentinamente al sorprendido viajero cuando baja el Ródano entre Montelimart y Orange, y que cesa del mismo modo repentino en las últimas estribaciones meridionales del Atlas, al desecador contacto del Sahara. Sin embargo, el carácter botánico de la region no permanece constante sino hasta cierta altitud, y, aunque se encuentran algunas de las mismas plantas comunes, bien entre Sierra-Nevada y las cimas de Marruecos, bien entre las cumbres de la Argelia del Sur y las del Líbano ó del Taurus, sin embargo, el Apenino, en cuanto se pasa de la altura de 200 metros, presenta especies forestales idénticas ó análogas á las de la Europa septentrional, y



las montañas de Grecia tienen una vegetación especial: en cuanto á laureles, el suelo del Parnaso no produce más que los de los poetas.

Nada tan diferente de la flora mediterránea como la que le sigue inmediatamente, la del Sahara. En la primera, el follaje es verde y brillante, desarrollándose algunas veces hasta la exuberancia; en la segunda, se contrae, se reduce á lo estrictamente necesario, se reviste de pelos para garantizarse contra la evaporación, se cubre de una capa gomosa que le preserva de los ardores del sol y que le comunica ese tinte amarillo polvoriento comun á todos los matorrales del desierto. Este color neutro, que no se destaca del de el suelo, hace creer á primera vista que el desierto está privado de vegetación. En general no es así; pero en la arena, en vez de plantas ánuas, que morirían ántes de su desarrollo por la falta de agua, dominan las leguminosas sin hojas, rutáceas espinosas, tamariscos, enebros, crucíferas y chanopodiáceas arborescentes; cuando un manantial, un pozo permite la existencia de un oasis, solamente entónces á la sombra de un datilero,—el olivo del desierto,— ó de una palmera *doum*, se desarrollan las plantas herbáceas propias del país y los cereales.

La region de los desiertos no se limita al Africa; propágase por la Australia, á través de las estepas de la Persia y del Afghanistan hasta el Indus, al otro lado del cual se encuentran aún algunos de sus vegetales, llegando hasta el pié del Himalaya. Si la region mediterránea es la de la antigüedad clásica, la del desierto pertenece á la antigüedad bíblica, á los nómadas, á los pastores y á las caravanas: todavía en nuestros dias, columnas de zuavos han creído ver en esta region caer del cielo el maná de los hebreos, bajo la forma de un líquen comestible que arranca el viento y lleva á grandes distancias. M. Bertlelot, habiéndolo analizado químicamente, ha comprobado en él la presencia de la mannita. Los soldados se han alimentado con él, pero al paso y no durante cuarenta dias; verdad es que el estado de sus provisiones no necesitaba intervencion milagrosa.

Continuando más al Sur, veríamos al Sahara ceder el puesto á una region del todo diferente, poco explorada aún, la region ecuatorial del Africa, con sus mimosas y sus gramíneas, el baobab, los árboles de incienso, el dragonero; region de grandes rios y de lluvias periódicas, cuya análoga encontramos en América en el valle mucho más conocido del Amazonas. El Amazonas, ese rio de curso tan largo, tan tranquilo y tan ancho, pequeño Mediterráneo abierto al Este por las bocas de Para, extenso hasta perderse de vista durante la época de las lluvias, recibiendo del Sur los grandes rios del Brasil, del Norte una parte de las aguas del Orinoco, y del Oeste los tor-

rentes que caen de la cumbre de las Cordilleras; el Amazonas es la arteria de una selva casi vírgen aún. En las orillas del rio se alzan enormes cañas; detras de ellas gigantescos baliceros; despues palmeras de más de 50 piés de altas y de formas tan variadas, que han proporcionado á M. de Martius materia para un libro; en fin, selvas donde se encuentran el nogal de Para (*Bertholletia excelsa*) y el árbol del cacao, leguminosas de corazón tan duro como el hierro, y esos millares de árboles cargados, no solamente con sus propias flores, sino con parásitos de toda especie, bromeliáceas de crines rectas ó pendientes que solamente piden apoyo,—corantáceas, guis gigantes de grandes penachos rojos que se implantan en ellos para nutrirse,—lianas que los oprimen como delgadas cuerdas, de las que caen en olorosa cascada ramilletes de flores anaranjadas. Allí reinan calor y humedad constantes, al abrigo de inmensas bóvedas de follaje, por las que apenas penetra la luz; es una estufa mantenida por la misma naturaleza, y, exceptuando Para, la region más deliciosa del globo.

Al considerar estas regiones naturales, las mejor deslindadas de todas, los botánicos se han acostumbrado poco á poco á creer que los vegetales apropiados á estas regiones habían sido criados para ellas, y que todo *dominio de vegetación*, hablando la lengua algo bárbara de M. Grisebach, era al mismo tiempo un *centro de vegetación*, ó más exactamente aún, un *centro de creación*.

La concepción de un centro de creación del que hubiese partido cada especie vegetal, es algo antigua en la ciencia. Segun Linneo, todos los tipos de vegetales y de animales debieron salir de un punto único de la tierra, cuna al mismo tiempo del género humano. Dejando aparte el origen y las emigraciones del hombre, cuyo estudio exigiría consideraciones de naturaleza muy distinta, y concretándonos á la parte botánica del asunto, es preciso reconocer que la opinion de Linneo no podía sostenerse, ni aún ántes de los descubrimientos de la geología, sino por esfuerzos de imaginación. Repetidas veces se ha refutado, y, despues de Linneo, Gmelin y otros han propuesto, no ya uno sólo, sino muchos centros de creación. Willdenow pretendía relacionar las diferentes floras con las cadenas de montañas llamadas primitivas: así, pues, los Alpes debieron ser un centro de creación, el Cáucaso otro, etc. Desgraciadamente, los detalles de estas hipótesis no soportan la discusión, y poco á poco los naturalistas europeos se han puesto de acuerdo para referir los variados vegetales que cubren la tierra á cierto número de puntos primordiales, sobre cuyo número y situación no han podido, sin embargo, entenderse. Adrien y Jussieu han establecido de la manera más formal esta doctrina, y M. Grisebach la adopta sin

reserva. «La coexistencia de flores diversas al lado unas de otras, dice, demuestra por sí sola que proceden de ciertas localidades creadoras determinadas que pueden considerarse como sus centros de vegetación, cuyo número es incierto y depende de la cantidad de especies indígenas... Solamente en localidades especiales ha derramado la naturaleza los primeros gérmenes; pero estas *localidades fueron innumerables*, colocadas simétricamente como las estrellas del firmamento, y cada localidad tuvo la propiedad de producir una forma orgánica determinada.» La legítima autoridad de que goza en la ciencia M. Grisebach, y que debe recomendar la lectura de su libro, es la razón que nos impulsa á formular, todo lo cortésmente posible, las pruebas que militan contra la teoría que ha adoptado.

Estas pruebas son de muchas clases. La primera la suministra la misma dificultad de definir el número de las regiones llamadas naturales, y más aún de los pretendidos centros de creación. Si cada región natural estuviese tan bien caracterizada como las tres de que acabamos de hablar, y si cada una presentase una vegetación especial más abundante y condensada en el centro de la región, del que visiblemente hubiese radiado para contenerse al contacto de las regiones vecinas, la teoría de los centros de creación reuniría grandes probabilidades en su favor; pero está muy lejos de suceder así. Las regiones se confunden en sus linderos, se penetran en todos sentidos, como lo ha hecho observar M. Alphoup de Candolle (1), y lo que es más desfavorable aún para la teoría en cuestión, la región mejor definida varía en su interior, y, lejos de ser siempre idéntica á sí misma, presenta en diferentes puntos pequeños centros secundarios. La historia de la ciencia ha registrado las contradicciones de los que han querido enumerar los centros de creación; así, pues, cualquiera que debiera ser el resultado de la tentativa de M. Grisebach, era seguramente de las más delicadas.

M. Grisebach es sin duda el autor que hasta ahora ha trazado de un modo más preciso, y podría decir más metódico, la subdivisión del globo en regiones naturales; pero el talento más privilegiado no puede resolver de una manera completamente satisfactoria un problema mal planteado. M. Grisebach puede sin duda alabarse por haber demostrado la posibilidad de reconocer en la vegetación del globo regiones naturales; sin embargo, algunas de las que ha circunscrito pueden provocar graves objeciones. Si la primera región, á la que da el nombre de *dominio ártico*, comprende los tipos de los Alpes y de las altas montañas de toda Europa, al co-

locarle en el extremo Norte nos da una idea falsa de la distribución geográfica de los vegetales que encierra. Verdad es que, hablando en propiedad, la región *ártico alpina* no llegaría á ser una división geográfica del globo terrestre, y casi ninguna de sus regiones está al abrigo de igual crítica. La región mediterránea, bastante homogénea en las costas y en las islas, ¿puede comprender, como quiere M. Grisebach, las altas mesetas de España, la cadena del Apenino y las elevaciones del Asia Menor? Y de la misma manera, la depresión del mar Caspio y de las montañas del Thibet ¿pueden comprenderse en una misma unidad regional, sin violar á la vez las relaciones entre las floras y el sentimiento instintivo de las verdades naturales? Muchos vegetales del Himalaya no podrían vivir en el clima cálido y húmedo del mar Caspio. No ignoramos que, en esta parte de sus estudios, M. Grisebach no ha hecho más que seguir una teoría general admitida ántes que él, y precisamente desarrollándola con gran talento, apoyándola en considerable número de observaciones personales, ha demostrado sus puntos débiles. Estos puntos débiles en ninguna parte aparecen más pronunciados que en la región décima-cuarta, compuesta de las islas del Océano, en las que el autor ha creído reconocer centros de creación; es decir, países los más lejanos y más diferentes, tales como las Azores, Madera y las Canarias, que forman un conjunto; Madagascar y las islas inmediatas que constituyen otro; las Sandwich, que tienen una flora especial, etc. En esto no hay más que un cuadro artificial, y el autor lo sabe mejor que nosotros; pero ¿por qué no ha unido las islas del Cabo Verde á la región del Senegal, las Galápagos y Juan Fernandez al continente americano? Al separar las islas de las tierras firmes para agruparlas entre ellas, rompe afinidades naturales y reúne floras que raban de verse juntas.

Desde luego se comprende dónde estará siempre el flaco de la aplicación que quiera hacerse de esta teoría. Es necesario dividir el globo en áreas mucho más numerosas para hacerlas coincidir con los centros de creación locales. M. Grisebach ha omitido mucho, y nosotros podemos decirle que estas omisiones son voluntarias y que no proceden de ignorancia. Para no citar más que dos de las grandes regiones que en apariencia ha desconocido, diremos que las regiones atlántica y la antártica no forman parte de sus subdivisiones.

La región occidental de Europa ó región atlántica, que podríamos llamar «región de los brezos y de las aliagas,» empieza en Canarias; comprende el Norte de Portugal, la costa cantábrica de España, el litoral de Francia hasta las estribaciones de la meseta central y la Sologne; forma un ángulo hácia el Oeste de Paris, comprendiendo el bosque de

(1) *Geografía botánica razonada*, y la reciente Memoria *Los grupos fisiológicos de los vegetales*.

Rambouillet; despues se retira en otro ángulo hácia la Mancha; comprende las islas normandas, y va á tocar al Sur de Irlanda, donde viven, como centinelas avanzados, una docena de especies meridionales, principalmente erisnias y saxífragas y donde crece el mirto bajo la dulce influencia del clima marítimo. El *gulf-stream*, del que penetra un brazo en la parte superior de la region, calienta á la vez en ella el mar y la atmósfera, llevando hasta las llanuras de Bélgica y Holanda alguna de las plantas atlánticas, especialmente un grupo de monocotiledóneas y campanuláceas raras. M. Griebach no querría reconocer esta region más que como una emanacion de la mediterránea, á pesar de que sus condiciones climatéricas difieren esencialmente de las mediterráneas. Es notable por la extension del área que ocupan en ella algunas de sus plantas características: la adormidera de flores amarillas que se extiende desde Portugal y las Astúrias á Bretaña y Escocia,—el brezo ceniciento que puebla nuestros barbechos, y que es raro en Bélgica, llega sin embargo hasta Noruega, etc. Consideraciones de esta naturaleza han inspirado la ingeniosa hipótesis de Eduardo Forbes, segun el cual, estas analogías entre comarcas tan lejanas resultan de la existencia antigua de un continente intermedio, la Atlántida, cuya tradicion, revelada en otro tiempo á los sacerdotes de Egipto, llegó hasta Platon. Si Irlanda estuvo en otro tiempo contigua ó unida á las Astúrias y á las Azores y estas últimas á las Canarias, no sería sorprendente, en efecto, que Irlanda hubiese conservado algunas especies de aquel antiguo continente, de la misma manera que los demas puntos de la region atlántica han conservado los tipos que les son comunes entre ellos ó con los de algunos países de la region mediterránea.

Otra region, *la region austral ó antártica* ha sido indicada por el ilustre director del Jardin de Kew, M. J. Hoolter, quien, en el prefacio de su *Flora de Nueva-Zelanda*, para explicar afinidades y hasta identidades de vegetacion, se ha visto obligado á suponer la depresion de un continente ó de islas considerables en direccion de Chile á Nueva-Holanda, y tambien de Chile á Tristan de Acuña. Suponer tierras desaparecidas entre Madagascar y Australia es una hipótesis atrevida que podrá imponerse algun dia á la ciencia y que robustecen mucho los argumentos que M. Alfonso Milne Edwards ha deducido del estudio de las faunas.

Una de las expediciones enviadas el año pasado para la observacion del paso de Vénus, la de San Pablo, que tan brillantemente dirigió el comandante Mouchez, ha traído muchos documentos que fortifican la opinion de una region botánica austral. Gran número de vegetales no eran conocidos aún en el mundo, exceptuando el islote de Tristan de Acuña,

donde se les podía creer en su *centro de creacion*, entre otros una gramínea coriácea y picante, parecida al alfa de Argelia, que, para desgracia de los naturalistas, llena grandes espacios (la *spartina arundinacea* de Carmichaél); un árbol de singular aspecto, formando él solo un bosque; el *phylica arborea*, de la familia de las râmneas; un licopodo, helechos, etc. Ahora bien, todas estas plantas, propias de Tristan de Acuña, las trajo de la isla de San Pablo ó del islote vecino de Amsterdam, separada de aquella por más de 100 grados de longitud, M. Jorge de l'Isle, botánico agregado á la última expedicion.

Para satisfacer á la hipótesis de los centros de creacion deben multiplicarse y subdividirse las regiones naturales mucho más de lo que hemos dejado entrever. La teoría, para ser consecuente con ella misma, debe, por ejemplo, colocar en la region que mejor conocemos, la mediterránea, un centro en las Baleares y muchos en España, donde la vegetacion varía considerablemente segun la accidentada disposicion de la Península y sus diversas altitudes. Más aún; cuando una especie, aunque sea única, sea especial de un país, es necesario atribuir lógicamente á este país un centro de creacion. Esto es lo que M. Grisebach se ha esforzado en conceder al Oural, que posee un clavelito, el *gypsophila uralensis*, á las Cevennes, que poseen dos yerbas minúsculas, la *arenaria ligericina* y la *kenigia macrocarpa*. Este desmenuzamiento de la accion creadora, que se supone haber sembrado aquí y allá un grano casi sobre cada punto del globo, ¿está en armonía con los procedimientos tan sencillos y grandiosos á la vez que admiramos en la obra cosmogónica?

## II.

Las regiones botánicas naturales, en las que se quiere ver el resultado de una creacion local, se deben en primer lugar á las causas climatéricas. Para sostener esta tésis, bástanos recoger pruebas á manos llenas en el libro de M. Grisebach y en las interesantes notas con que lo ha enriquecido M. Tchihatchef. El principal mérito del libro, á cuya preparacion ha consagrado cuarenta años el ilustre profesor de Gottinga, es el estudio profundo de esa armonía constante que se revela al observador entre la planta y las condiciones en que debe vivir, entre el carácter botánico y el carácter climatérico de la region: esta es la parte principal del libro.

Con él en la mano, vamos á examinar cuáles son las condiciones climatéricas que determinan la vegetacion de una comarca y hasta de un rincon de tierra. Entre estas condiciones, debe considerarse en primer lugar la latitud, factor de los más importantes, cuyo valor no es, sin embargo, tan absoluto como generalmente se cree; en seguida la altitud, cuyo efecto es bajar la temperatura; despues la po-

sición de la localidad, con relación á las grandes extensiones de agua, que templan el ardor del estío así como el rigor del invierno. La dirección de los vientos reinantes, que humedecen la atmósfera si han pasado sobre el Océano, la seca si soplan del interior, la calienta si vienen del Mediodía, y la enfrían si vienen del Norte; en fin, el abrigo que algunos parapetos naturales crean para ciertas localidades privilegiadas. Tales son las estaciones de invierno que buscan los enfermos; por ejemplo, las inmediaciones de Niza ó el litoral genovés, ó también las embalsamadas orillas de los grandes lagos de la Italia septentrional, donde se gozaba en invierno, al abrigo de las altas cumbres de los Alpes que las protegen de las crudezas del mistral, de una temperatura más dulce de la que se encontraría en Pisa y hasta en Roma.

Cada país tiene, pues, su clima particular, determinado por condiciones locales y determinando á su vez la vegetación. Así, cada rincón de la tierra, cada vertiente de montaña elige, por decirlo así, de la flora general de la comarca á que pertenece los vegetales más adaptados á su naturaleza, de la misma manera que la comarca entera parece que ha elegido los suyos en la flora general del mundo. Ahora bien: estas condiciones locales ó generales no son más que la expresión del estado actual de las partes del globo, de este globo que tanto ha variado desde su enfriamiento y cuyos continentes visibles á nuestros ojos han brotado del seno de las aguas ó del cráter de los volcanes. Si se modificase este estado, aunque solamente fuese en un punto, las constituciones de los otros países variarían porporcionalmente, porque las corrientes marinas y atmosféricas les hacen solidarios. Si, por ejemplo, el Sahara, del que algunos *chotts* están más bajos que el nivel del mar, quedase invadido por las aguas, no vendría ya el simoun, el viento abrasador del desierto, á calentar la región mediterránea, que, volviendo á sus condiciones anteriores, admitiría en sus riberas vegetales arrojados en otro tiempo á las montañas por el calor de sus estíos.

Una creación local debe ser idéntica en su esencia, especialmente en una isla solitaria por su posición geográfica. Si los partidarios de los centros de creación hubiesen conocido la flora de la Nueva Caledonia, una de las últimas conquistas de nuestros naturalistas, habrían vacilado, no sólo ante el carácter evidentemente antiguo de esta flora, sino también ante las múltiples afinidades que revela su exámen. Un centro de creación supone vegetales diseminados alrededor de un punto de partida en un área homogénea. No sucede así en la Nueva Caledonia: al lado de considerable número de tipos especiales de la isla, ó, por lo ménos, no observados

aún en otra parte, encuéntranse muchos otros cuyas afinidades se escalonan en doble dirección, relacionando la Nueva Caledonia por una parte á las Molucas, Java é islas intermedias, y por otra á la Australia y hasta Nueva-Zelanda; en los picos más altos de la isla viven, en fin, vegetales que recuerdan los de la zona antártica, como los de los Alpes y los Pirineos se encuentran en el hemisferio boreal en Spitzberg y en Groenlandia. ¿Cómo encontrar en una reunión tan heterogénea un centro de creación?

Lo mismo puede decirse de la Australia, aunque este inmenso continente sea todavía ménos conocido en su conjunto que la pequeña región neocaledónica. Hace algunos años citábase á cada momento Australia como un mundo especial, cuyas producciones se diferenciaban de las del resto del globo. Los recientes descubrimientos debidos al perseverante celo del ilustre director del Jardín Botánico de Melbourne, baron F. de Müller, han modificado algo esta opinión. Sin duda no han disminuido los tipos extraños, verdaderamente australianos; los eucaliptus de hojas verticales; las goodeáceas de anchas campanas aladas; las epacrídeas, especie de brezos especiales de Nueva-Holanda; las proteáceas, de extraños aparatos florales; pero conocemos mejor su distribución geográfica. Los tipos australianos son muy notables en la parte oriental del continente, bajo el paralelo de Sidney y más abajo; la costa occidental, más arriba del río de los Cisnes y de la bahía Champion, posee pocas especies de las que crecen bajo el mismo paralelo en los distritos orientales. Más aún: los desiertos del interior, aunque poblados de una vegetación particular (casuarinas, especie de cola-de-caballo arborescente, acacias de hojas simples), no tienen la misma flora que el litoral del Este, y los tipos especiales de Nueva-Holanda no llegan á la parte septentrional del continente, en la que dominan los géneros francamente tropicales de la tierra de los papous, mientras que en las montañas y en la costa, al Sudeste del país, crecen las especies de la zona antártica, especies que vuelven á encontrarse en la tierra de Van Diemen y en Nueva-Zelanda. Además, las plantas más francamente australianas (proteáceas y cicádeas) no dejan de tener análogas en el Sur de Africa, y no hace mucho tiempo que el conde de Saporta aseguraba haber encontrado proteáceas en las capas antiguas de los terrenos de la Provenza. Aquí tenemos, como se ve, un centro de creación muy lejano de la unidad, y, sin embargo, se trata de una parte del mundo muy aislada hasta hoy, en las que las condiciones actuales de transporte solamente han podido influir de un modo casi insensible para modificar la vegetación.

Acabamos de invocar contra los partidarios de

los centros de creacion las afinidades múltiples. Pasemos ahora á los hechos que nos ofrecen las *especies disyuntas*, especies que coexisten hoy simultáneamente en muchos puntos del globo muy separados unos de otros. Así, pues, una especie de junco florido, el *ericaulon septangulare* de Escocia y de Irlanda, crece tambien en el Canadá sin que las corrientes marinas actuales hayan podido trasportar las semillas de una á otra de estas regiones. ¿Cuál será, pues, el centro de creacion de esta especie, la única de su familia que existe en Europa? Un guisante silvestre, el *pisum maritimum*, se encuentra simultáneamente en Arkhangel, en Francia, en la costa inmediata á Saint Valery (Somme), en Nueva-York y sobre el cabo Tres Montes, entre Chile y la Tierra de Fuego, en un paraje que jamás ha estado colonizado. Iguales observaciones pueden hacerse acerca de los árboles grandes que no pueden pasar desapercibidos para el naturalista ni para los viajeros que no se dedican á estos estudios. El cedro del Líbano, el eze del rey Salomon, que todo el mundo conoce, y que hoy no tiene ya en las montañas de la Siria su mayor área, se ha encontrado en el Asia Menor, en el Taurus, en Argelia, en el Atlas de la provincia de Constantina, y, despues de bien comparados, no se diferencia del cedro del Himalaya, el *déva-daru* (árbol sagrado) de las epopeyas de la India antigua (1). Ahora bien: si este árbol grandioso existiese en una comarca intermedia á estas lejanas regiones, sin duda alguna se habría descubierto. Más aún; no podría crecer entre ellos, es decir, entre las cadenas de montañas en las que se eleva á grande altura, porque las comarcas intermedias no le ofrecen sino altitudes insuficientes ó desiertos. Para los vegetales, las montañas son islas que las tierras bajas rodean como mares infranqueables. El cedro está por lo tanto confinado en cuatro ó á lo ménos en tres centros separados unos de otros por centenares de leguas. ¿En cuál de los tres se colocará el origen de este árbol, y por qué en uno de los tres más bien que en cualquiera de los otros dos?

Muchos vegetales de Oriente nos ofrecerían casos más interesantes aún. Existen dos especies de plátanos: la una, el plátano oriental, que ha hecho célebre el pueblo de Bujuk-Dere; la otra, el plátano occidental, extendido por toda la América del Norte. Los dos árboles, aunque de especie diferente, pertenecen al mismo género. Aquí tendremos un hecho muy poco explicable, si no se supiera que en la época llamada *miocena* por los geólogos, el género *platanus* se extendía desde Spitzberg hasta el

Mediterráneo. Ahora bien: tanto se desconocía el plátano en Europa en el siglo XVI, que, habiéndole encontrado cerca de Antioquía el viajero Pedro Belou, le señaló como una de sus singularidades. En su tiempo se hubiese asignado seguramente al género *platanus* dos centros de creacion muy lejanos el uno del otro, á haberse preocupado de esta teoría. Muchos ejemplos análogos podrían tomarse de otros tipos, especialmente de los *liquidambar* y de la familia de los olmos.

### III.

Los hechos geológicos que nos ofrecen los tipos del plátano nos conducen naturalmente al último orden de pruebas tomado de la paleontología. Vamos á ver cuánta importancia tienen los progresos de esta ciencia aplicados á la botánica por las inducciones que presta á nuestras investigaciones sobre el origen de los vegetales.

Por poco que se registre la corteza del globo, se ven en sus capas más recientes, y despues en las más antiguas, restos de vegetales que han pasado al estado fósil. Bajando sucesivamente, los encontramos primero en el periodo que llaman los geólogos cuaternario, período que tal vez no pudo conocer el hombre cuando apareció sobre la tierra; despues en el inmenso período terciario, subdividido de alto abajo en políceno, mioceno y eoceno. Se les encontraría tambien más abajo de la creta, debajo tambien del terreno jurásico y mucho más abajo, en fin, en los terrenos de hulla, focos afortunadamente inagotables de nuestras fábricas, formado por la vegetacion de los siglos pasados.

Si empezamos por el litoral de Inglaterra, el primer fósil importante que tendremos que citar será el abeto, tan abundante en diversas regiones de Europa, y que, sin embargo, no crece ya espontáneamente en aquel litoral, aunque se desarrolla en excelentes condiciones desde el Támesis al Clyde, cuando se planta. Indudablemente existían hace muchos siglos sobre el suelo inglés, bajo la influencia de un clima diferente. Por lo tanto, no puede atribuirse el origen de este árbol á un centro actual cualquiera situado sobre cualquier montaña; pero cambiemos de region é interroguemos el suelo de Provenza, por ejemplo, el valle de Huveaune, en las cercanias de Marsella. Encontraremos aquí en estado fósil los laureles de Canarias, que ha arrojado de estos parajes una agravacion moderna de condiciones invernales, despues el pino de los Pirineos y otras especies, el tilo, el árbol de hojas de vivorno, el frambuesero, que el aumento del calor estival ha obligado despues á refugiarse en las montañas. ¿A qué quedan reducidos ante estos hechos el centro de vegetacion de Canarias y el del Pirineo?

(1) Las ligeras diferencias que un análisis minucioso ha hecho ver entre los árboles de tan diferentes regiones, no son suficientes para afectar su unidad específica.

En América, la flora del terreno políceno presenta los mismos hechos, pero en escala mucho más considerable. En las capas antiguas de la isla Vancouver se han observado vegetales leñosos, palmeras lauríneas, higueras que no se encuentran hoy en las costas occidentales de la América del Norte en latitud tan elevada; sin embargo, no podría distinguirse una de estas lauríneas del *persea* actual de la Carolina; tipos análogos ó idénticos á los de Vancouver se encuentran en las capas polícenas del centro de Europa, en Oeningen, Suabia, localidad célebre por la excelente conservación de sus fósiles. Un ciprés petrificado del Vancouver existe también en las capas de nuestro continente, donde ha sido recogido desde el centro de Italia hasta el Norte de Europa. ¡Que se nos hable ahora de un centro de creación especial de América!

Si se desciende á capas más profundas del globo, se penetra en la flora miocena, que después de los bellos trabajos de M. Oswald Heer, de Zurich, y de los descubrimientos del profesor Nordenskiöld, ofrecía ya en las latitudes templadas entonces, de Spitzberg cuarenta y seis especies que vivían también casi en la misma época en la región que hoy constituye la Provenza, y entre las cuales puede citarse cipreses, álamos, encinas, tilos, servales, nogales, tejos, yedras, más ó menos análogos á las especies de estos géneros que se encuentran hoy en la Europa templada.

Bajando más, encuéntrase la capa eocena, que se presenta de diferente manera en las tobas de las inmediaciones de Paris y en las de la Provenza. En las inmediaciones de Paris, esta capa está representada, especialmente en Champagne, cerca de Rilly, por los travertinos de Sézanne. Estos travertinos constituyen una calcárea porosa que ha conservado tan bien las impresiones vegetales, que fundiendo cera en ellas y disolviendo después la cal con un ácido, se obtiene, como con gran éxito acaba de hacer un hábil preparador del Museo, M. B. Renauld, la forma exacta de las flores y de los frutos que no existían ya sobre la tierra cuando el hombre apareció en ella. ¡Pues bien! si hoy no existen ya como especies, pertenecen á géneros que vemos todavía en derredor nuestro. Así, pues, en las capas de Sézanne encuéntrase tipos análogos á los que viven en la Europa templada: abedules, olmos, álamos, sauces, etc.; pero el hecho más extraño á primera vista, es que se encuentran mezclados con ellos géneros que en la actualidad habitan en la América del Norte (1), y otros que viven ahora en las regiones cálidas del globo (2). Esta promiscuidad anti-

gua no confirma en manera alguna la idea de centros de creación recientes.

La serie inferior de las capas confirmaría con nuevos ejemplos estos hechos. Limitémonos á consignar la presencia, en ciertas capas de la creta, de una vegetación análoga á la de la América septentrional. Así, pues, el género *magnolia* se encuentra, no solamente en los Estados-Unidos, sino también en Moletuin, en Moravia, con los *segoia*, *aralia*, etc. Bajo este punto de vista, el Nuevo-Mundo, por una parte de su vegetación, es más antiguo que nuestro continente. Otra subdivisión de la flora cretácea nos mostraría *proteaceas* ó *cycadeas*, es decir, los vegetales propios de los desiertos del interior de Nueva-Holanda ó del África meridional. Las arenas neocomianas, que pertenecen á otra zona de la creta, nos ofrecen en Bélgica *araucarias* de un género peculiar hoy á los bosques que separan Chile del Brasil. Ciertos lechos fosilíferos del terreno jurásico contienen helechos de nervios reticulados, como los de nuestras regiones más cálidas; en fin, extremando más este estudio de nuestro globo, las turbas de la época hullera, sabiamente analizadas por el conde Castracane, dejan filtrar bajo el agua que las atraviesa corpúsculos excesivamente pequeños, que son caparzones silíceos que encerraron algas diatomeas, y estos vegetales microscópicos de los terrenos carboníferos son idénticos á las diatomeas que viven hoy aún en las aguas.

Cuanto más profundamente se penetre en la corteza terrestre y en el estudio de las edades pasadas, la naturaleza pone á nuestra vista una distribución distinta de seres, regidos por otros climas. En los antiguos tiempos del globo, las asociaciones de vegetales que crecían juntos en la misma comarca, no eran las mismas de hoy. Los numerosos cambios que se han sucedido en el transcurso de los diferentes períodos geológicos, han roto las asociaciones primitivas al modificar los climas, que todo indica fueron al principio muy iguales, muy húmedos y muy cálidos. La temperatura ha disminuido generalmente para conservarse más cálida en ciertos puntos; los mares y los continentes han cambiado más de una vez de relaciones, y las cadenas de montañas que posteriormente se alzaron, al detener el paso de los mares, modificaron notablemente los climas. El globo ha pasado siempre de una variación á otra. Los vegetales antiguos que han persistido á través de estas mutaciones (y que ciertamente son mucho más numerosos de lo que se cree), se han acomodado poco á poco á los climas en que subsisten, de la misma manera que los que sucesivamente han aparecido en el globo: estos se han clasificado allí donde encontraban las condiciones de su existencia, disminuyendo en número á cada época nueva que hacía más difícil la situación

(1) *Sissafra*s, *cissus*, *aralia*, *magnolia*, *sterculia juglans*.

(2) *Cinnamomum*, *zizyphus*, *alsophila*.

de los supervivientes y que favorecía algunas veces mucho más el establecimiento de los nuevos. Rechazados de sus antiguas comarcas, estos supervivientes se dispersaron más y más, y casi podría asegurarse hoy que un tipo raro de la flora actual es un tipo antiguo en vía de decrecimiento, como M. Martius ha demostrado palpablemente con relación á una leguminosa del Mediodía de Francia, la *anagyris fætida*. Si se encuentra una especie acantonada en una cadena de nuestras montañas, limitada á los Carpatos ó al Atlas marroquí, esto no indica en manera alguna que exista un centro de creacion especial en una ú otra de estas montañas; lo que significa es sencillamente que esta especie no encuentra hoy más que en esta restringida área las condiciones necesarias á su existencia (1). Las plantas colocadas en condiciones excepcionales son restos. testigos de una época antigua, como las ruinas de los palacios egipcios revelan una civilización sepultada bajo los escombros del pasado.

La hipótesis de los centros de creacion modernos está, pues, en contradicción directa con los hechos: Tal vez se nos contestará que es necesario admitir centros de creacion anteriores á la época actual; pero es evidente que las mismas objeciones se reproducen remontando de edad en edad. Es cosa clara que la flora de los travertinos de Sézanne, por ejemplo, por antigua que sea, no presenta los caracteres de un centro de creacion. Pero se nos dirá de nuevo, ¿si no se admiten centros de creacion, cómo se comprende la aparición incontestable de formas nuevas que ha marcado el principio y las fases de cada grande época? Contestaremos que, si los progresos de la ciencia nos obligan hoy á rechazar como falsa la teoría de los *centros de creacion*, nos obligan á sustituirla con la de *épocas de creacion*. De todo lo que llevamos dicho resulta la importancia y extension de las épocas de creacion. Para que se pueda apreciar el carácter de estas épocas, bastará insistir sobre dos de ellas, la época eocena, de la que hemos citado ya algunos tipos, y la glacial, inmediatamente anterior á la nuestra.

Hacia el fin de la eocena, había en los alrededores de un ancho mar una region vegetal de las mejor caracterizadas. Este mar partía de las estribaciones de los Alpes Marítimos, y, exceptuando una isla pro-

longada correspondiente á la Italia central, se extendía sin obstáculo hacia la Libia y el Egipto, que cubría en gran parte, entrando así en comunicacion directa con el Océano indio, y la primera tierra que encontraba en esta direccion era la Abisinia, que con el Alto Soudan formaba entónces una region continental, á la que servían de cinturón los grés de Nubia, convergentes desde reciente época. Resultaba así un Mediterráneo doble de ancho que el nuestro, cuyo clima, sensiblemente igual en sus dos riberas en aquella época de la historia de la tierra, facilitaba en la ribera septentrional la presencia de los tipos de la Abisinia ó del Cabo que se observan en la flora fosil de los yesos de Aix, especialmente bananeros y el curioso género *widdringtonia*, confinado hoy en un estrecho espacio que comprende el Cabo, la tierra de Natal y la isla de Madagascar, cuyas riberas bañaba el mar eoceno. Este mismo mar lindaba también con la parte septentrional del Indostan, porque los depósitos que ha dejado pueden seguirse en inmensa extension desde Siria y Bagdad al Golfo Pérsico, y hasta más allá de la desembocadura del Indus, en el valle de Kashmir y en la Bengala oriental. Así, pues, la flora de los yesos de Aix presenta afinidades con la de la India por tipos que se encuentran igualmente en tanto en el Japon y en China, en tanto en las islas de la Sonda y hasta en las Filipinas.

La época glacial es más interesante aún. Esta es, como ya hemos dicho, la que precede inmediatamente á la nuestra, y vió, al ménos en la última parte de su era, empezar los desarrollos del hombre. Nuestros primeros padres vivieron en el Occidente de Europa, en cavernas ó en casas rudimentarias, construídas sobre estacas en medio de lagos medio helados. La naturaleza exterior era inclemente para ellos. A consecuencia de un enfriamiento momentáneo, no explicado aún, la mayor parte de nuestro hemisferio quedó envuelto en nieves, y las cumbres se trasformaron en inmensas heleras cuyos desprendimientos de rocas estriaron y alisaron las montañas subyacentes y labraron nuestros valles. De estos desprendimientos se destacaron pedazos que arrastraban arenas gruesas y tierra, y que fueron los agentes más seguros del transporte de las especies vegetales. A esta época pertenecen aún las especies que lindan todavía hoy con las nieves perpétuas en el corazón de los grandes Alpes ó en la region polar, en Groenlandia, en Spitzberg y en la Siberia oriental, y las que, frecuentemente idénticas, han franqueado espacios inmensos para llegar, no solamente á los Pirineos, sino también á las cumbres de los montes Cameroons, en el África occidental, ó á las de la Abisinia, en el África oriental. Tenemos aquí una época de las mejor caracterizadas, y una época de crea-

(1) En las costas de Italia, en la isleta de Ischia, encuéntrase un helecho muy conocido de los aficionados y frecuentemente cultivado en las estufas, el *woodwardia radicans*. No existe en otra parte, ni en Italia, ni en America. Admitiríase un centro de creacion en la isla de Ischia si la especie no se conociese en la América central, bajo latitudes inferiores. Ha persistido en Ischia porque brota en ella junto á manantiales calientes. De la misma manera, en la isla de San Pablo encuéntrase un licopodo de la region tropical, viviendo en terrenos donde el termómetro marca 80 grados á pocos centímetros de profundidad y 100 á metro y medio ó á dos metros.

cion por excelencia, porque las plantas que vivían cerca de las heleras no pudieron existir en épocas anteriores (1). Esta es una época de creacion, pero ¿dónde asignarle su centro? La flora que la caracteriza nació de un modo amplio, simultáneo, general, sobre la mitad septentrional de nuestro hemisferio, exceptuando la region ártica, demasiado fria entonces (2), y quizá tambien en el Himalaya. Pero ha variado, aunque permaneciendo alpina, y difiere igualmente en la América Boreal que en la cumbre de nuestros Alpes y sobre la elevada meseta del Híbet. Esta misma variedad impide adoptar la hipótesis de un origen comun, de un punto de partida central.

Diremos, pues, resumiendo, que la asombrosa variedad de especies que pueblan la superficie del globo depende, no de centros de creacion repartidos sobre esta superficie, alrededor de los cuales hayan radiado estas especies, sino de épocas sucesivas, cuyos descendientes se reparten aún el globo. Los climas de aquellas áreas antiguas subsisten todavía hoy. Por no citar más que algunos, diremos que el de las primeras, de las más calientes, se ha conservado en los manantiales termales, en medio de los cuales viven ciertas plantas; el de la época eocena, bajo los trópicos; el del período mioceno de Groenlandia, en la Europa templada; el de la época glacial, en la zona artico-alpina. Los intermediarios son numerosos. Lo que forma la riqueza de la tierra es precisamente esa asombrosa variedad, variedad que se pronuncia más á medida que envejece el globo en la serie de las edades geológicas: el hombre apareció oportunamente cuando pudo gozar de esta variedad exclusivamente acomodada á las múltiples necesidades de su organismo; cuando la misma variedad pudo facilitar la vida pastoril y la caza, y más adelante permitir el cambio de las producciones de los diferentes climas, suministrando al comercio sus elementos necesarios. El hombre ha conocido en nuestro planeta animales que hoy han desaparecido, tales como el mammoth de Siberia y el gran ciervo de Irlanda, y quizá pudo salvar de una época anterior vegetales que ya no se reproducen sin cultivo, por ejemplo el trigo, cuya espontaneidad no ha hecho constar ningun viajero de una manera cierta. El hombre es más joven, no solamente que el suelo que pisa, sino tambien que los vegetales de que se alimenta. Esta es una verdad general, aceptable

(1) Así es que estas especies no parecen relacionarse en manera alguna con los tipos que las precedieron. Diremos, de paso, que este argumento puede añadirse á los expuestos por M. de Quatrefages contra el darwinismo.

(2) El período glacial no pudo ménos de extinguir toda vegetacion en la zona ártica, que repobló despues una corriente marina viniendo de la Siberia oriental, en la que flotaban maderas, trozos de hielo y de piedra, como se ve actualmente en los mares polares en la época de deshielo.

como demostrada, así como los grandes hechos que hemos expuesto ligeramente en este estudio, y que prueban que, si bien se ignoran aún muchos detalles de la historia de la creacion, ya se ha llegado á reunir importante suma de certidumbres. A nuestros sucesores incumbe perfeccionar la obra: en la historia de la tierra, como en la historia del lenguaje, y como en muchas otras ramas de nuestros estudios, el conocimiento del pasado es el secreto del porvenir.

EUGENIO FOURNIER.

(Revue de Deux Mondes.)

## BOSQUEJOS MÉDICO-SOCIALES PARA LA MUJER.

### LA LOCA DE LA CASA.

*Mens agitat molem.*

#### I.

Dentro de la humana cabeza, en ese complicado y oscuro taller donde se elaboran las facultades del alma, hay una fuerza tan privilegiada y poderosa, que es capaz, no ya sólo de imprimir un carácter moral determinado á la mayoría de los individuos, sino hasta de ocasionar en ellos profundas perturbaciones físicas.

Esta fuerza, que bien pudiéramos llamar tiránica, y que surge naturalmente de una facultad del alma, como la fuerza arrolladora del huracan surge de los simples movimientos del aire, sublime unas veces, abominable otras, ora risueña cual brindis de felicidad, ora fatídica como sombrío presentimiento que angustia el alma, que tan pronto vivifica vendiendo dichas como abate con el horrible tortor de la desgracia, que alienta al pusilánime y acobarda al temerario, que lo mismo fulgura en la obra del genio artístico como presta bríos al crimen; esta fuerza, á la que un sabio escritor frances calificó muy acertadamente con el título de *la loca de la casa*, es la IMAGINACION.

#### II.

La palabra imaginacion en su valor etimológico significa crear imágenes.

Hé aquí una explicacion satisfactoria; no busquemos otra, pues ninguna de cuantas puedan darse es tan expresiva y abreviada como la anterior.

Los recuerdos de sensaciones habidas anteriormente se asocian, se agrupan y forman cuadros completos, representaciones ideales, que pueden ser ó no ser positivas en la naturaleza, pero que afectan al cerebro como si lo fuesen: tal es el trabajo de la imaginacion.



¿Cómo se verifican estas operaciones en el cerebro? ¿Qué participación tienen en su desarrollo otras facultades del alma, como la memoria, el juicio, la voluntad... etc.? No trataremos de averiguarlo, por ser estudio de suyo extenso y árido.

Pero, en cambio, lo que sí nos ocupará es cómo dichas operaciones, esencialmente morales, afectan la constitución física de nuestro cuerpo; y procuraremos exponerlo con lenguaje llano, sin ampulosa verbosidad, sin esa prestidigitación filosófica, como Cotta la titula con sobrada razón, donde abundan los rodeos, los pujos de la inteligencia, las falsas é ilusorias argucias, para envolver entre pliegues deslumbrantes una ignorancia real.

Para que así sea, lejos de emprender un estudio completo, haremos tan sólo un boceto sobre el asunto.

La exposición abreviada de algunas observaciones puede servirnos de introducción, y como tenemos un caudal inmenso, inagotable, de ellas, elegiremos á voluntad de las más curiosas.

### III.

1.º—Dos hermanos fueron mordidos por un perro. A los pocos días de este suceso el mayor abandona el hogar paterno y marcha á remotos países.

Trascurren algunos días más, y el menor es acometido de hidrofobia y muere. Temiendo la influencia moral que esta desgracia pudiera ejercer en el hermano ausente, se le oculta su verdadera causa.

Pasados veinte años, regresa éste á su país, y se entera de lo que ya nadie procuró ocultarle, creyéndole exento de todo peligro.

Sin embargo, el acontecimiento le afecta vivamente, le preocupa de un modo pertinaz, y concluye muriendo de hidrofobia.

Por lo que á esta enfermedad se refiere, podríamos asegurar que muchos de los que han muerto hidrofóbicos lo debieron más á su imaginación que á las mordeduras de los perros.

2.º—Un joven estudiante que vivía hospedado en unión con otros compañeros, sufría durante las noches vehementes y angustiosas pesadillas.

Durante una de ellas, sus amigos, que estaban estudiando, le sienten agitarse violentamente, corren hácia él y ven marcarse en su rostro las señales de un mortal espanto.

—¡Que me ahorcan!—grita por fin el infeliz, con voz sofocada por indescriptible horror.

Después, nada; parece que se ha tranquilizado.

Cuando quisieron despertarle al día siguiente estaba muerto.

3.º—Entre los condenados á la pena capital se han observado con frecuencia sucesos parecidos en Francia.

La idea siempre fija del próximo fin; la contem-

plación horrible, pavorosa del cadalso; la imagen horripilante de la cuchilla que, cual sangriento fantasma, les acosa implacable, les persigue sin tregua, torturándoles durante el día, y ejecutándoles mil y mil veces durante la noche, han blanqueado á muchos la negra cabellera, matado de angustia á otros, y hasta se refiere que en cierto condenado produjo una hemorragia circular en rededor del cuello (1).

4.º—El doctor Marmisse, de Bourdeaux, cita el siguiente caso:

En el acto de sangrar á una señora fué tan profunda la emoción experimentada por una doncella que se hallaba presente, que en el momento de hundir el cirujano la lanceta, experimentó en el pliegue del codo el dolor de una picadura, y poco tiempo después aparecía en aquel sitio una mancha de sangre.

5.º—En los *Ephemerides des curieux de la nature* se dió cuenta de otro caso parecido.

Una joven que presenciaba la dilatación de un absceso que padecía su señora en uno de los brazos, se impresionó de tal modo que se enrojeció la parte correspondiente del suyo propio.

A mi querido y sabio amigo el doctor Manrique de Lara debo los cuatro siguientes, observados por él, y de cuya veracidad me aseguran lo delicado y severo de su carácter médico.

6.º—Hizo en cierta ocasión la amputación de un dedo pulgar, y el compañero que le ayudaba guardó el dedo en un cartucho, y cometió la grave imprudencia de presentárselo á su esposa, como si fuera un obsequio.

Lo abre ésta, ve el contenido y exhala un grito de horror.

Estaba embarazada la señora, y la impresión duró todo el embarazo. Después, el fruto de su alumbramiento tenía dobles pulgares en cada mano, cuya deformidad corrigió el mismo doctor Manrique.

7.º—Un individuo tiene un accidente desgraciado que le obliga á sufrir inmediatamente una amputación de muslo.

Ausente su señora en un pueblo inmediato, se la comunica que su esposo está muy delicado; acude presurosa, entra en su casa, ve sobre la cómoda una sábana, tira de ella y cae al suelo el miembro amputado.

El susto es mortal, y la señora se desmaya.

Estaba embarazada, y la criatura salió sin extremidades inferiores.

(1) Es una de las reos ejecutadas recientemente con motivo del crimen de la calle de la Luna, la portera, mi amigo el señor Torres, médico del Modelo, ha podido observar que, durante su estancia en la capilla, se llevaba con frecuencia la mano derecha á la garganta, como para librarse de algo que la estranguaba. Este efecto de la imaginación es frequentísimo.

8.º—Otra señora, también durante el embarazo, sufrió repetidos sustos, causados por un cabrito.

Firme su mente en este suceso, dió en pensar y decir que iba á parir un cabrito, y la niña que dió á luz salió plagada de numerosos y grandes lunares, cubiertos de pelo.

9.º—Un jóven, cuya madre corría feliz el curso de otro embarazo, perdió la nariz en una disputa.

Trató el doctor Manrique de reaplicarla; pero, fracasado este propósito por gangrenarse la porcion separada, le aconsejó el uso de una nariz artificial.

El repulsivo aspecto que ofrecía el mutilado semblante del jóven impresionó mucho á su madre, y la criatura que ésta dió á luz carecía asimismo de nariz.

Para concluir con esta exposicion de historias, que temo sea ya demasiado pesada, voy á referir dos solamente de las que yo mismo he observado.

10.—Después que una persona hubo tragado algunos sorbos de aguardiente, se fijó en que el resto de esta bebida tenía un viso verde, que se la ocurrió debía atribuirse al carbonato de cobre, sal eminentemente venenosa, que se habría formado en la llave metálica por donde extrajo la bebida del tonel.

Atormentada con esta idea, se declararon alarmantes todos los síntomas de un envenenamiento, que desaparecieron, cuando, después de hecho el análisis del licor, pudo cerciorarse de que sus temores eran infundados.

11.—De resultado más lamentable fué el siguiente:

Asistí en Agosto del año corriente (1875) al parto primerizo de una jóven de veinte años, buena constitucion, pero muy nerviosa.

No obstante lo feliz de su curso, pues corrió todos los períodos en el breve espacio de trece horas, sentíase inquieta con la idea de que se iba á morir; temores de los cuales hice escaso aprecio por tenerlos muy á menudo las mujeres pusilánimes en tan doloroso trance, y porque solían asaltar á la parturienta dicha siempre que la aquejaba alguna indisposicion.

Los tres dias primeros del puerperio estuvo inmejorable, pero sin abandonar definitivamente sus inquietudes.

Al cuarto dia los temores se aumentaron hasta producirla frecuentes y horrorosos sustos. Procuré tranquilizarla con mis palabras, y dispuse fuertes dosis de sedantes del sistema nervioso.

Prosiguen en el quinto dia más exaltados sus temores. Con cualquier sensacion que experimenta se estremece y prorrumpe en gritos. Fuera de esto, se encuentra bien.

Me esfuerzo otra vez por tranquilizarla, doblo las dosis calmantes y declaro á la madre que si no ce-

den los temores de la hija, su estado se agravará.

En la noche de este dia el sistema nervioso estalla definitivamente, y sobrevienen tres fuertes y prolongados ataques epileptiformes, y tras de ellos una fiebre intensa.

Resultado: muerte á los cuarenta dias.

#### IV.

En el estado en que hoy se encuentran las ciencias biológicas se considera como una verdad fuera de toda discusion, y por todas las escuelas aceptada, que esa masa escondida siempre dentro de hermética caja huesosa, y que llamamos cerebro, es el campo donde brotan todas las facultades del alma.

Ahora, que de su organizacion especial emanen las funciones intelectuales, como el aroma de la planta, como la luz de las vibraciones etéreas, ó que, por el contrario, el cerebro sea meramente un instrumento de admirable construccion, pero cuyas actividades obedecen á otra potencia superior llamada alma, como los sublimes acordes de un piano obedecen á la inteligente mano del pianista, cuestion es ya esta que separa desde hace mucho tiempo y con ardorosa porfia los sectarios de las diferentes doctrinas biológicas.

Por su índole y por el sexo á quien estos bosquejos dedicamos, nosotros procuraremos respetar esta controversia, no prejuzgando nada acerca de entidades espirituales.

Nos expresamos en semejantes términos porque, siéndonos preciso tratar en este y en los sucesivos artículos de las facultades del alma, no creemos oportuno hacer pública confesion de nuestras convicciones en materia de dogmas, ni ménos aún bregar porque nadie cambie las que alimentá en el santuario de su conciencia.

Hecha esta advertencia, que nos pone á salvo de toda crítica ortodóxica, comencemos ya definitivamente el estudio de esas maravillosas funciones que ligan la imaginacion, es decir, una facultad moral, con lo físico de la persona.

#### V.

Supongamos una masa ovalada, de blanda consistencia, grisácea y con numerosos pliegues por fuera, blanca por dentro, dividida en dos grandes lóbulos laterales por un profundo sureo antero-posterior, y que de la cara inferior de toda esta masa se desprenden doce cordones nerviosos en cada lado, los cuales se distribuyen principalmente por la cabeza, y tendremos una idea, aún cuando muy superficial, de ese órgano que, forrado con elegancia y delicadeza por tres membranas, golpea en vida, como inquieto prisionero, la oscura y fuerte cárcel que llamamos *cráneo*.

Supongamos que á manera de cinta gruesa y larga pende verticalmente del cerebro una cola, también cuidadosamente guardada en otro estuche huesoso llamado *columna vertebral*, y del mismo modo vestida por membranas, y tendremos la *médula espinal*, de cuyos lados parten treinta y un cordones blancos, resistentes, nacarados, que atravesando agujeros, recorriendo conductos y salvando distancias por el espesor de los tejidos, van dividiéndose hasta lo infinito y perdiéndose en todo el resto del cuerpo humano.

Y supongamos que, fuera ya de toda prision especial, pero protegidas de externas agresiones por las profundidades de sus domicilios, descansan sobre la cara anterior del espinazo dos cadenas de ganglios nerviosos, de un color gris, unidos entre sí por cordones nerviosos, y que de estos cuerpecitos ó ganglios arrancan otros muchos cordones ganglionares que van á formar redes ó plexos complicados en el espesor de las vísceras, y habremos adquirido también una idea ligera de ese otro centro nervioso que los anatómicos, en su embrollado neologismo, llaman sistema nervioso del gran simpático.

Todos ellos juntos forman el sistema nervioso de la economía, es decir, esa intrincada y confusa tela de Penélope, en donde el hombre de ciencia teje y desteje sin reposo, sorprendiendo poco á poco sus secretos, buscando con calenturiento afán sus combinaciones, para clavar la antorcha del saber donde reinan las densas tinieblas de lo desconocido.

Aquí el médico se desorienta mil veces, y otras tantas, después de infructuosas tentativas, dobla su frente abatida por el cansancio; pero, en recompensa, cada paso supone una conquista en esa implacable lucha de la ciencia contra los misterios de la creación, un vigoroso impulso para la medicina, y una gloriosa corbata con que adornar el majestuoso y sacrosanto estandarte del progreso.

Sigamos.

## VI.

Todos los tres grandes centros que hemos señalado trabajan, pero los productos son distintos entre sí.

El cerebro, por ejemplo, elabora los atributos del alma: sensibilidad, inteligencia y voluntad.

La médula determina la producción de los movimientos musculares voluntarios, y de otros involuntarios, por un fenómeno que los fisiólogos llaman *acción refleja*.

Y el simpático es una especie de celoso administrador que, enviando nervios á todas las partes del organismo, conduce y regulariza esas operaciones delicadas, esas afinidades químicas y cambios mo-

leculares que constituyen la vida nutritiva; es decir, las asimilaciones y desasimilaciones, las entradas y salidas, las reparaciones y las pérdidas que tienen lugar en los tejidos.

El primero es consciente en muchas de sus operaciones.

Los segundos desempeñan las suyas inconscientemente.

Pero obsérvese lo siguiente, ¡y aquí comienza ya lo maravilloso! Sin embargo de esta disparidad de funciones, todos disponen de los mismos elementos para llevarlas á cabo, y todos desempeñan su cometido sometidos á una misma fórmula.

Vamos á decir cómo, y vamos á admirar algo lo sublime de esa bellísima rama de la medicina que se llama fisiología.

Los elementos de que disponen los centros dichos son células nerviosas (1), y fibras que, partiendo de éstas, se dirigen, ya á otras células nerviosas, ya á los demás tejidos del cuerpo humano.

Las células son siempre los centros activos de la inervación, los talleres, por decirlo así, donde se forman las facultades ó funciones del sistema nervioso.

Las fibras nerviosas que de ellas parten son exclusivamente correos de impresiones; pero obligados á conducir siempre un determinado género de trabajos en armonía con su constitución molecular propia, característica; de igual modo que las células están sometidas á trabajos propios, ó actividades distintas unas de otras, según su estructura particular.

En virtud de esto, tenemos que las células, según sus funciones, se dividen en motrices, sensitivas, pensantes... etc., y que las fibras se clasifican, del mismo modo, en fibras motrices las que transmiten á los músculos las excitaciones del movimiento, sen-

(1) Se llama célula á un microscópico corpúsculo, que consta, cuando es completa, de una membrana tenue y delicadísima, de un contenido granuloso, de un núcleo, y dentro de éste otro nucléolo. Es la forma más elemental y primaria de la materia organizada, y la agregación de muchísimas, más ó menos modificadas en la forma, constituye el edificio orgánico, ó corporal viviente.

Éllas son los microscópicos escenarios donde se verifican las actividades todas de la vida, y del conjunto de sus vidas individuales resulta la vida de los seres, como del conjunto de pequeños cantones resulta el organismo república federal (Virchow).

Todas están bañadas por un líquido exhalado de la sangre, llamado plasma, y de él toman las sustancias que necesitan para su vida, y en él depositan las que eliminan por inservibles, no de otro modo que los seres acuáticos hacen en el elemento líquido que les rodea.

Sin embargo de la aparente analogía de unas con otras, varían sus funciones según los tejidos que forman: así las células nerviosas determinan la inervación, las musculares gozan de la propiedad contractil, las epiteliales del poder secretorio... y en todas se observan al mismo tiempo de estas funciones especiales las de nutrición, crecimiento y reproducción. Pudieran compararse á los organismos sociales, en donde los hombres tienen idénticas necesidades, y se consagran, sin embargo, á distintos trabajos.

sitivas las que conducen una impresion sensitiva, y fibras grises las que corresponden al simpático y dirigen los actos nutritivos.

Hoy dia el microscopio permite establecer diferencias anatómicas, reales y visibles entre estos elementos que concurren á distintas funciones, lo cual no es poco.

Pero hemos dicho que la fórmula funcional de los distintos centros es idéntica, y vamos á indicarla.

Cuando una fibra nerviosa sufre una impresion adecuada á su estructura, la trasmite en seguida á la célula correspondiente; ésta la recibe, la modifica á su manera, y la despide nuevamente por otra fibra nerviosa.

Es decir, en resumen, que todo elemento nervioso completo se compone: 1.º, de una ó más fibras aferentes que importan una impresion externa; 2.º, de una célula, centro activo que la recibe y trabaja á su modo; y 3.º, de otra ó más fibras eferentes que exportan la reaccion de esta última á otra célula ó á un tejido.

Y por consecuencia, toda evolucion nerviosa de una impresion centripeta, de una reaccion y de otra impresion centrifuga.

En otros términos, y para mayor claridad, podemos comparar cada elemento nervioso á un aparato telegráfico, que tiene un hilo conductor para comunicar una noticia, un receptor que la recibe y otro hilo que devuelve nueva noticia.

Los hilos conductores son los nervios; el receptor, el telegrafista y el manipulador representan la entidad célula nerviosa.

Estas últimas ocupan siempre los grandes centros; así, las del cerebro se encuentran principalmente en la corteza, formando la capa gris.

Las de la médula en el centro, formando un cordón gris que recorre toda la longitud de aquella.

Y las del simpático en todo el espesor de sus ganglios.

## VII.

Ahora bien, si las impresiones primitivas que sufren las fibras aferentes fuesen todas iguales, igual la constitucion molecular de todos los elementos nérvicos, é iguales, por tanto, sus funciones, la vida del sistema nervioso sería sencillísima.

Pero no sucede así, pues tenemos, en primer lugar, que las impresiones exteriores varían de naturaleza; por ejemplo, la luz, los sonidos, el tacto... la sangre y los alimentos, cuyas dos últimas afectan á las fibras del simpático... etc., etc.

Y en segundo lugar, que tanto las fibras como las células sólo pueden actuar con impresiones especiales, subordinadas á su modo de ser.

Y esta diferencia, no sólo existe en un centro con relacion á los demas, sino que en cualquiera de ellos

sus diferentes partes tienen disparidad de funciones.

Descendamos á ejemplos, y fijémonos en el cerebro.

La luz, que es un agente excitante, hiere los ojos; la retina se impresiona con las vibraciones lumínicas; el nervio óptico vibra, y trasmite su impresion á determinadas células nerviosas colocadas en un pequeño espacio de la base del cerebro (entre los tubérculos cuadrigéminos y pedúnculos cerebrales).

El aire ondula sacudido por un cuerpo sonoro, golpea la membrana tímpano, el nervio auditivo vibra, y corren sus vibraciones hasta llegar á otras células nerviosas distintas de las anteriores (colocadas en el origen de la médula oblongada ó extremidad inferior del cuarto ventrículo).

Partículas olorosas se desprenden de los pétalos de una flor, invaden á torrentes la nariz; se ponen en contacto con la membrana que tapiza la doble y anfractuosa galería de las fosas nasales, el nervio olfatorio vibra, y llegan sus vibraciones hasta otras células distintas de las anteriores (cuerpos estriados).

Y así de los restantes sentidos.

Supongamos inutilizada cualquiera de las dependencias, ojos, nariz, etc., donde se reciben las primeras impresiones dichas, ó inutilizados los nervios y territorios celulares correspondientes, y la funcion desaparece, porque no hay otros elementos nerviosos que puedan desempeñarla, aun cuando persista el agente excitante luz, sonido...

Los párpados se cierran, la luz no conmueve la retina, el nervio óptico ya no vibra, sus células nerviosas están inertes, y tenemos la oscuridad, la negacion de luz, hablando con más propiedad.

El oído se inutiliza por cualquier causa, el nervio auditivo no vibra, y aparece la sordera, la falta de sonidos, etc.

De este conocimiento se desprende que ese inmenso taller llamado cerebro puede subdividirse en infinitos departamentos secundarios encargados de trabajos especiales, á los cuales llamaríamos departamento de la vision, donde no se hace más que ver, de la audicion, donde no se hace más que oír, de la olfacion, donde no se hace más que olfatear...

Y como análogas consideraciones pueden hacerse con respecto á las demas facultades del alma, nada hay más lógico que completar la masa cerebral con los letreros siguientes:

Departamento sensitivo ó de las sensaciones (superficie de las circunvoluciones).

Departamento pensante ó de las ideas (debajo de las primeras).

Departamento volitivo ó de la voluntad (las más profundas de todas), etc., etc. (1).

(1) Ni los metafísicos ni los fisiólogos han determinado todavía con precision el número de las facultades que constituyen la inteligencia, y los

## VIII.

Si todas las facultades de la inteligencia, instintos y sentimientos, ó, lo que es igual, si todos los territorios celulares donde se forman, viviesen en absoluta independencia, no habria ese maravilloso consorcio, esa armonía general, ese conjunto sintético de actividades que constituye el alma.

Pero escrutinando bien la estructura del cerebro, se observa que muchas fibras nerviosas, es decir, muchos hilos de comunicación, arrancan de unas dependencias para ir á otras, poniéndolas así en estrechas relaciones.

Unas se dirigen de arriba á abajo para unir las funciones cerebrales con las de la médula, otras del lado derecho al izquierdo y viceversa para armonizar las actividades de ambos lados, y otras de delante á atrás para unir las regiones anteriores con las posteriores del mismo lado.

Y si tenemos presente que así como el cerebro recibe y devuelve fibras á la médula, ésta hace lo mismo con el simpático, comprenderemos: 1.º, la dependencia recíproca que existe entre los tres sistemas nerviosos, y 2.º, cómo una modificación funcional habida en el cerebro puede ocasionar perturbaciones en el resto del organismo.

De esta manera una evolución nerviosa correrá tantos más territorios celulares, pasando de unos á otros, cuanto más complicada sea ó cuanto mayor número de actividades represente.

## IX.

Expuestas las precedentes nociones, que no compete aquí ampliar más, procuraremos facilitar su comprensión con un ejemplo cualquiera, el primero que se nos ocurra.

Un libro de los muchos que ahora se encuentran sobre la mesa de mi despacho hiere mi vista porque está iluminado con la luz de un quinqué; mi nervio óptico vibra y trasmite á las células nerviosas que indefectiblemente se hallan en la base de mi cerebro, entre los tubérculos cuadrigéminos y pedúnculos cerebrales, una *impresión* que en este punto será meramente *objetiva*.

Deste este punto emanan nuevas vibraciones por las fibras eferentes, y van, ¿á dónde?, á células superficiales de las circunvoluciones propias de mi cerebro, donde reside la facultad pensativa, y aquí se despierta ya un fenómeno de conciencia, *la idea* de la sensación, su *comparación* con otros objetos, etc., etc.

Del concurso de estas operaciones surge por influencia de células más profundas una *volición*,

un deseo, el de coger el libro, y las células motrices trasmiten su orden á las fibras cerebrales convergentes de la médula, y por este conducto llega hasta su porción cervical, de donde arrancan los cordones nerviosos que animan los músculos de mi brazo derecho.

Dichas fibras nerviosas motrices vibran, y trasmitiendo su vibración á los cuerpos carnosos de los músculos, determinan la contracción de éstos, y entonces mi brazo derecho se mueve, y sus combinados movimientos permiten realizar mi deseo, el de coger el libro.

Y todas estas operaciones, que son todavía mucho más complicadas de como las hemos presentado, se verifican con una rapidez extraordinaria, con la misma velocidad que una vibración se propaga á lo largo de un nervio, la cual, según experiencias de ilustres fisiólogos (entre ellos Helmholtz y Dubois-Reymond), es de 50 á 60 metros por segundo.

Sin embargo, no nos admiremos de esta velocidad, pues es muchísimo más lenta que la del sonido, la cual, en el espacio, que es por donde salva con más lentitud las distancias, avanza 340,88 metros por segundo de tiempo; mucho más lenta todavía que la de la luz, la que recorre, según Roemer, 54.000 leguas por segundo de tiempo, y más lenta también que la de la vibración eléctrica, la cual salva leguas con la fugacidad del pensamiento.

## X.

Pero hemos dicho en párrafos anteriores que el principio de todo fenómeno nervioso comienza con una impresión exterior, de la cual son secuelas las operaciones sucesivas hasta terminar en las manifestaciones de otros órganos, como en el ejemplo citado los dos extremos del ciclo funcional han sido de una parte la impresión externa del libro, y de otra los movimientos de mi brazo para apoderarme de él; y es lo cierto que no siempre sucede así, porque pueden producirse los fenómenos indicados sin necesidad del excitante exterior.

Efectivamente, todas las impresiones que ha sentido el alma pueden ser despertadas por la memoria, y si la energía con que ésta las conserva y reproduce es suficiente, pueden provocar reacciones motrices idénticas á cuando realmente impresionaron los objetos externos.

De este modo nos explicamos cómo el recuerdo vivo de un objeto repugnante que en tiempo pasado provocó el vómito, puede determinarlo nuevamente.

Como el recuerdo de un alimento agradable basta para que en ciertas ocasiones se llene la boca de saliva.

Como el recuerdo de una emoción intensa puede enrojecer nuevamente el rostro.

Y como, según yo he podido observar en una

segundos ménos todavía las partes del cerebro en donde se asienta cada una de ellas, por más que ya se sabe la localización de muchas.

mujer histérica, el recuerdo de estros venales gozados ha bastado para sacudir convulsivamente el cuerpo con las contracciones de una refinada delectación.

### XI.

Ahora nada nos es más fácil que aplicar á la imaginación todo lo expuesto, y convencernos de los trastornos que puede ocasionar dicha facultad cuando está perturbada.

La imaginación, según hemos dicho, es la facultad de engendrar imágenes; ó, en otros términos, un estado activo de los territorios celulares donde se elaboran los trabajos de la idealización.

Cuando la imagen es demasiado viva, muy intensa, lo cual supone una grande energía funcional de las células nerviosas, su influencia puede extenderse á otros muchos territorios celulares, y sobrevénir perturbaciones diferentes, subordinadas por su naturaleza á la naturaleza de la imagen despertada.

Hay ocasiones en que la impresión es tremenda, enorme, como en los sustos que infunden horroroso pánico, y entónces estalla de súbito un desórden de todo el sistema nervioso, que puede ser mortal.

El caso segundo de los que hemos citado al principiar este artículo, prueba la verdad de nuestro aserto.

De ordinario la impresión es ménos fuerte, pero dura mucho tiempo; la imaginación entónces permanece como clavada en un mismo género de ideas, en un pensamiento determinado, y hácia él arrastra la actividad de las demás facultades del alma, muchas veces involuntariamente, por fenómenos puramente reflejos.

En los hipocondriacos, que se creen atormentados por dolores que en realidad no tienen, es muy frecuente verlos llevar involuntariamente la mano hacia el sitio dolorido.

Este trabajo continuado de la imaginación, tiene que influenciar, como es rigoroso, sobre la médula y el gran simpático, y producir enfermedades dentro y fuera del mismo cerebro.

Las primeras serán reblandecimientos, fiebres cerebrales, y sobre todo, lo cual es muy frecuente, la locura.

Las segundas, enfermedades del aparato motor, sensitivo ó de la nutrición misma.

Esto es lo lógico, y si no sucede siempre, es porque otras causas, que sería impertinente analizar ahora, lo impiden.

### XII.

Variemos ya de rumbo.

Con desagradable sorpresa reparo que tengo amontonadas delante de mi vista un número creci-

do de cuartillas ya escritas, y deploro sinceramente esta distracción, porque me estrecha el espacio que pensaba consagrar á la influencia que ejerce la imaginación en las prácticas de tres doctrinas contemporáneas, dos de las cuales yo rechazo, porque considero peligrosas á la inteligencia, á la salud corporal y al sentido comun.

Me refiero al magnetismo animal, al hipnotismo y al espiritismo; secta caduca la primera, pero que todavía subsiste, como subsiste el rescoldo cuasi extinguido entre puñados de ceniza; reciente, sancionada por insignes autoridades, y apenas conocida en España la segunda; y briosa, atrevida, impermanente en la actualidad, como cabrioleo de polichinescas imaginaciones, la tercera.

Pero ántes de atrevernos á profanar tan fantásticas sectas, permitásenos hacer una pequeña advertencia.

No una caprichosa oposición sistemática, ni ménos aún el pueril intento de ridiculizar sistemas que repugnan á la razón natural y á los conocimientos sólidos de la grandiosa ciencia fisiológica, nos empujan á este trabajo; tenemos otra razón más poderosa, y esta ya la hemos expuesto en líneas anteriores: la de que pueden dañar á la salud intelectual y corporal del organismo humano.

A no suceder esto, nosotros evitaríamos ocuparnos aquí de doctrinas á las que, por falta de espacio, no podemos combatir como se merecen.

Odiarnos, y hemos odiado siempre, el apasionamiento de las escuelas, y no queremos que contra nosotros se dirijan las enconadas diatribas que Ricard, célebre magnetista de este siglo, lanzaba contra los sabios de su época porque rechazaban las afirmaciones de los ilusos mesmerianos.

«¿No sabemos, decía indignado Ricard, que el egoismo embota la sensibilidad y rompe todas las cuerdas destinadas á vibrar en el fondo del corazón?»

«¿No sabemos que el yo doctoral de algunos filósofos ahoga el amor de la verdad y paraliza mortalmente las más nobles facultades?»

Fuese cualquiera el sentimiento que irritase el ánimo de Ricard contra los sabios de su época, emitía un juicio verdadero, que lo mismo podría aplicarse á los miembros de la Academia Francesa y otros muchos cuerpos académicos, á los que calificaba despechado de ignorantes y locos porque rechazaban la doctrina de Mesmer, como los académicos podrían aplicárselo á él y demás apóstoles de su escuela, que se obstinaban en inculcar dentro de la sociedad una doctrina que en su mayoría rechazaba el sentido comun.

¿Y esto por qué?

Porque la pasión y el egoismo personal han bastardeado siempre las creencias y las verdades, han

jugado con los más sagrados intereses de la sociedad, y han atropellado la razón de hombres muy esclarecidos, hasta obligarlos á desatender los deberes de la prudencia y las leyes de la lógica, defendiendo los unos absurdos insensatos, y rechazando los otros verdades evidentes.

La pasión y el egoísmo han sido siempre, y continuarán siéndolo en lo sucesivo, la grande rémora del progreso, pues ellos han apartado á muchos genios del sendero de un verdadero adelanto, para engolfarlos en errores más ó menos trascendentales, que despues costó muchos trabajos y esfuerzos perdidos hacerlos desaparecer.

Y es tanto más sensible esta verdad, cuanto que, si examinamos con imparcialidad esa candente lucha que hoy, como siempre, reina entre las sectas ó escuelas filosóficas, se ve que el delirio y la ceguera que surgen de la pasión son las que más conservan separados y en incesante batalla á los pensadores.

Convéngase en la verdad de este hecho. Lo mismo en el seno caloroso de las corporaciones sábias que en las serenas páginas de la Revista, y lo mismo en la amistosa polémica de gabinete que en las airadas columnas de un diario de oposición, se advierte siempre idénticos propósitos en los adversarios: batirse de modo que prepondere la doctrina propia, atacar los puntos vulnerables de la opuesta, evadiéndose, cuando se pueda, de responder á sus argumentos é interpelaciones si no se comprenden ó explican con los principios propios.

Puesto en este pié de guerra, se aprieta la inteligencia, se forjan mil hipótesis, se inventa y se destruye á placer: todo es admitido con tal de llegar á un fin favorable.

No conceder al adversario nada que pueda hacer triunfar su doctrina; no permitirle que avance un paso que nos obligue á retroceder otro: hé aquí el campo vicioso dentro del cual se revuelven los paladines de las diferentes escuelas, sean estas las que sean, y llámense como se llamen.

Pero dejemos estas consideraciones, que podrían desviarnos mucho de nuestro propósito, y consagremos algunas líneas á las escuelas citadas.

### XIII.

¿Qué es el magnetismo animal?

Segun Mesmer, el genio del magnetismo, y segun su secuaces Puysegur, Deleuze, abate Faria, Georget, Ricard y cuantos se han dedicado y dedican á las prácticas de esta escuela, el magnetismo animal es la quinta esencia de lo sublime y de lo maravilloso.

Dicen así:

Todo individuo posee una cantidad de fluido nérvico, que tiene por reservorio el cerebro, y del

cual sale con mayor ó menor prontitud y en más ó ménos cantidad, segun las fuerzas animales.

Este fluido es imponderable, y, por consiguiente, insensible á nuestros ojos.

Sin embargo, algunos sonámbulos que han pretendido verle, le definen diciendo que es un *fluido en extremo sutil que mantiene la vida y recorre el trayecto de los nervios*.

Dicho fluido atraviesa el espacio con tanta rapidez como la luz, y por eso se trasmite instantáneamente á distancias infinitas, sin que basten á detenerle los cuerpos opacos, pues los penetra y traspasa como el calórico.

Merece observarse que la mayoría de los cuerpos atravesados por el fluido magnético no quedan impregnados de él, como no se obre ex profeso, cortando voluntariamente la corriente y concentrándola sobre ellos.

No obstante esta virtud, hay algunos cuerpos que la reflejan; por ejemplo, el cristal, los metales pulimentados, ciertos seres vivientes, y aún el hombre mismo.

Los efectos de este fluido en los seres vivientes varían segun las especies que se examinen, pues también algunos animales le poseen.

Entre los peces, el torpedo, por ejemplo, produce efectos eléctricos que se deben á él, así como se ha probado, por estos mismos seres, que su fuerza electro-magnética reside con mayor intensidad en la cabeza.

Entre las demas especies vése que la serpiente magnetiza al gorrion, que el sapo ejerce una fuerza atractiva sobre la comadreja, y que el perro de caza paraliza la codorniz.

La influencia del hombre, no ya sobre su mismo semejante, sino también sobre los animales, la manifiestan los domadores de fieras, los cuales domaban los selváticos instintos de estos carniceros con el brillo terrible de sus miradas.

El fluido que nos ocupa es la verdadera causa del magnetismo animal; se desarrolla voluntariamente en la persona, y va á impregnar los cuerpos sobre que se proyecta, mientras no haya por parte de estos una fuerza repulsiva capaz de aniquilar la fuerza emisiva.

Tiénesse por problemático, al ménos segun Ricard, que haya sujetos enteramente insensibles al magnetismo, y lo que suele ocurrir es que personas que aparecen insensibles á los efectos de unos magnetizadores, se conmueven á las influencias de otros.

Lo que sí miran como evidente, es que el estado delicado ó de enfermedad es una circunstancia muy favorable á la magnetización, y que muchas personas refractarias á la acción magnética durante la salud, han pasado al sueño cuando se han encontrado indispuestas.

Además, la voluntad, los climas, las localidades, la temperatura atmosférica, las disposiciones físicas y morales del magnetizador, el magnetizado y los agentes que le rodean; la voluntad de las personas presentes y su temperamento, todo contribuye más ó ménos favorablemente al buen éxito del experimento.

Las mejores disposiciones que pueden presentarse por parte del magnetizado para obtener el sueño magnético, y de él todas sus legítimas consecuencias, son el abandono, la confianza ciega en el operador, la ignorancia de los efectos que pueden sobrevenir y un recogimiento religioso.

Por no alargarnos demasiado, dejaremos cuanto se refiere á la manera de magnetizar. Bástenos decir que desde la varita y las complicadas maniobras de Mesmer hasta la sencillez operatoria del abate Faria, hay una infinidad de métodos; pues bien puede asegurarse que cada magnetista distinguido ha usado de uno propio.

#### XIV.

Los fenómenos que presentan los sujetos sometidos á la acción magnética, varían hasta lo infinito.

Durante la magnetización, los más frecuentes son el pestañeo, sensación de calor ó de frío en la cabeza, palidez ó rubicundez del rostro, picazón general ó parcial, hormigueo en los intestinos, contracciones musculares, espasmos, palpitaciones, bienestar unas veces y malestar otras...; por fin, el sueño los domina y quedan más ó ménos aislados del mundo exterior. Tenemos entonces el *sueño magnético*.

De este estado puede pasarse, según los sujetos, la voluntad y corrientes del operador, al éxtasis magnético, al sonambulismo artificial y la catalepsia.

El más favorable de todos es, sin duda, el sonambulismo magnético ó artificial, porque durante él se desenvuelven mejor que durante ningun otro, según dicen, las maravillosas facultades de la magnetización.

Y aquí entra ya la parte monumental, admirable, prodigiosa, del magnetismo.

Sigamos prestando un poco de atención á esta escuela, y veremos lo que nos refiere de sus facultades.

El sonámbulo magnético puede hablar y habla como en estado de vigilia, oye á su magnetizador y á los que se han puesto en relación con éste, es sordo para todos los demás y no oye ruido alguno exterior.

Se despierta en él un sentido llamado *sentido interior*, que constituye algunas veces el centro de todas las impresiones y sensaciones.

Su memoria es prodigiosa, su juicio más recto, su razón más expedita, sus cálculos más justos y su espíritu más sutil que en estado de vigilia.

Está bastante sujeto á la voluntad de su magnetizador cuando éste obra movido de su interés verdadero; pero se revela á veces cuando se le fatiga para satisfacer la curiosidad, y sobre todo cuando se procura arrancarle sus secretos.

Puede ver los objetos sobre los que dirige su atención, aunque estén á larguísimas distancias y de modo que no los vean las demás personas.

Sabe lo pasado, ve lo presente y pronostica lo venidero.

Es orgulloso, celoso y vengativo.

Los sentidos se trasponen, y ven con el estómago, el occipucio, las manos..., etc., etc.; se examinan ellos mismos y escrutinan lo que sucede en su interior.

Hay también otros que hablan con los ángeles, y se llaman sonámbulos espiritualistas.

En fin, las maravillas de este estado son tan grandes y variadas, según refieren los autores respectivos, que es imposible dar idea de ellas en pocas líneas.

Un hecho más notable todavía es que las personas instruidas y de talento no son ordinariamente las que con más facilidad llegan á la lucidez perfecta.

La experiencia ha demostrado á los apóstoles de esta secta que los individuos más ignorantes y rudos son los que tienen un desenvolvimiento más portentoso de sus facultades cerebrales.

Unos cuantos gestos y minutos de concentración bastan para hacer chispear el cerebro de un microcéfalo ó idiota con los más luminosos y divinos pensamientos que jamás tuvieron los más sabios.

¡Puede pedirse nada más sublime y maravilloso!

#### XV.

Toda escuela, por muy absurda que parezca, tiene siempre algún fondo de verdad, y como es difícil que cualquiera verdad, una vez lanzada al estadio de la discusión, no ocupe más ó ménos pronto el lugar que la corresponde, la fundamental del mesmerismo se desprendió radiante de entre las falsedades que la envolvían, como un manojo de rayos solares rompe las nubes que la oscurecen y avanza derramando luz por el espacio.

Considerado el mesmerismo por la ciencia académica como un cadáver inhumado entre los errores de la historia, surge de sus averiados despojos otra nueva doctrina, la cual, aún suponiendo no sea completamente verdadera, logra despertar el interés de doctas autoridades científicas, y hasta recibir la sanción de muchas.

Esta nueva escuela, á la que podemos considerar como la sucesora de la anterior, pero desprovista de su falsa hojarasca ó de sus mamarrachadas





sibiliticas, es el *hipnotismo*, por otro nombre *braidismo*, de Braid su autor.

Para demostrar lo interesante de esta escuela, citaremos los nombres de algunos de los sabios que de ella se han ocupado, lo mismo en sus escritos que en las corporaciones sábias.

Broca, Demarquay, Giraud, Felon, Mathias Duval, Luis Figuiet, Jules Cloquet, Rostan, Husson, Lordat, Philips y otros varios en Francia; Simpson, Carpenter, Alison, Holland, en Edimburgo; Gigot-Suard, en Levroux; Reichenbach, químico distinguido, y Frank, médico eminente, en Alemania; Warlomont, Jobard y otros muchos, en Bélgica; Elliotson, en Londres; Esdaile, en Calcutta, y Hase, en América.

El braidismo es un estado anormal de la persona, ó un estado de *condición segunda*, como dicen los escritores franceses, en el que los individuos presentan un conjunto de fenómenos nerviosos, entre los cuales figuran como más característicos el sonambulismo, el éxtasis, la insensibilidad general, las aberraciones de los sentidos y de la inteligencia.

Las trasposiciones de los sentidos, las influencias emisivas á distancia, el conocimiento de lo oculto, el don profético, y cuanto hay de maravilloso y sobrenatural en la secta de Mesmer, no figuran para nada dentro de esta nueva secta, la cual tan sólo admite fenómenos cuya existencia atestiguan ese grupo de enfermedades que llaman los médicos nevrosis, porque tienen su asiento en el sistema nervioso perturbado.

El hecho fundamental de esta doctrina es el siguiente:

Si muchas personas fijan su vista y atención en un objeto brillante, puesto á corta distancia de los ojos, y permanecen absortas en esta contemplación durante un tiempo variable entre diez y treinta minutos, la mayoría comienza á sentir por grados sucesivos oscurecimiento de la visión, sensación de laxitud con ganas de dormir, pesadez y dificultad en los párpados, anestesia más ó menos profunda de toda la superficie del cuerpo y de las mucosas que tapizan las fosas nasales, los labios y la lengua, resolución absoluta ó estado cataléptico de los miembros y depresión del pulso.

Por más que estos síntomas no se observen siempre y de igual modo en todas las personas, pues los temperamentos y demás condiciones individuales determinan multitud de diferencias en los resultados, los autores dichos creen en su indudable existencia.

Hipnotizado ya el sujeto, puede presentar variedad de trastornos nerviosos, extraordinarios los más de ellos, y algunos tanto, que aún dentro del siglo actual y en tiempos contemporáneos se han querido

vender como milagrosos ó de origen divino (1).

La motilidad, la sensibilidad general y la de los sentidos; la inteligencia, los sentimientos y pasiones; la vida nutritiva y demás funciones principales del organismo, pueden modificarse, unas veces aumentando su energía funcional, otras disminuyéndola y no pocas experimentando aberraciones.

## XVI.

Los fenómenos braídicos se han atribuido á causas distintas.

Unos creyeron que surgían de la fatiga que experimentaban los ojos; pero se les ha objetado que cuantos ejercitan mucho su vista en objetos pequeños, deberían ser víctimas de este estado, lo cual no sucede.

Otros que se debían á un estravismo convergente de la mirada, efecto de poner el punto de visión á corta distancia de los ojos; pero contra este parecer se ha demostrado que el braidismo puede obtenerse fijando la vista en puntos más distantes.

Braid emitió la posibilidad de una intoxicación de la sangre por la lentitud de los movimientos respiratorios, y como es consiguiente su poca oxigenación; pero además de que no todas las personas disminuyen sus respiraciones con la abstracción del espíritu, nunca la intoxicación por el ácido carbónico produce los efectos mencionados.

Una opinión más predominante los atribuye todos á la fijeza de atención y concentración del pensamiento.

El cerebro, dice Philips, es el campo del sensorio y del pensamiento; es decir, el núcleo donde fulguran las ideas, á donde convergen las impresiones de los sentidos, y de donde irradia la actividad que anima los órganos de la sensación y del movimiento.

Para que la fuerza nerviosa engendrada por las células y transmitida por los nervios se difunda regularmente por los de la sensibilidad, se necesita una actividad general y bastante intensa del pensamiento.

Cuando cesa esta actividad, la inervación queda suprimida y los nervios de la sensibilidad pierden su aptitud para conducir al cerebro las impresiones del exterior.

Por eso los idiotas son más ó menos insensibles, y por eso durante el sueño profundo, que es el estu-

(1) En este mismo año 75 uno de los debates que más han preocupado á la Real Academia de Medicina de Bélgica, ha sido el referente á la estigmatizada Luisa Lateau, jóven que goza para muchos reputación de santa, por sufrir todos los viernes éxtasis con producción de hemorragias en las regiones del cuerpo donde recibió heridas Nuestro Señor Jesucristo. El caso es tan raro, que los más distinguidos médicos de Alemania, Francia y Bélgica se han ocupado muy detenidamente de él. La comisión nombrada por la Academia dicha para hacer su estudio, compuesta de Warlomont, Fossion y Mascart, ha invocado el hipnotismo para explicarlo científicamente.

por del pensamiento, reposan los órganos de la sensación y del movimiento.

Consecuencia recíproca de lo anterior es que la sensación es el estimulante necesario de la actividad mental.

De ambas afirmaciones se desprende forzosamente:

1.º Que para determinar la insensibilidad del cuerpo basta suspender el ejercicio del pensamiento.

Y 2.º Que para suspender el ejercicio del pensamiento basta aislar los órganos de los sentidos de los agentes exteriores capaces de impresionarlos.

Esta última proposición no es verdadera en absoluto, pues aun paralizando las sensaciones anunciadas del exterior por medio de los sentidos, la memoria conserva en actividad el pensamiento regenerando otras habidas anteriormente.

Sin embargo, como el efecto puede obtenerse aun cuando el pensamiento no esté paralizado en absoluto, basta una reducción extrema de la actividad mental para llenar las mismas indicaciones, pues así anima muy débilmente los nervios periféricos, lo cual equivale á su entera suspensión.

Ahora bien, la reducción de la actividad del pensamiento á su minimum se obtiene sometiéndole á la influencia exclusiva de una sensación simple, homogénea y continua, por ejemplo, la de un objeto brillante cualquiera.

Reducida de este modo su esfera de acción, el resto permanece en una inercia general, y hay desequilibrio en las fuerzas nerviosas del cerebro.

La sustancia celular toda, en virtud de sus propiedades esenciales, sigue produciendo fuerza nerviosa; pero el pensamiento no consume más que una parte débil de esta fuerza; la restante se acumula en el cerebro y sobreviene una congestión nerviosa.

Producida esta, supongamos que por un sentido cualquiera, la vista, el oído... penetra una impresión en el cerebro, y el punto ó territorio cerebral que la reciba saldrá de su estupor nervioso para ser el asiento de una actividad portentosa.

En estos casos, el brusco tránsito del estupor á la actividad exagerada produce una dislocación grandísima de la fuerza nerviosa acumulada en el cerebro, y explica las rápidas alternativas de la insensibilidad al dolor, de la resolución muscular á la catalepsia, tétanos y convulsiones que se observan en los hipnotizados.

#### XVII.

La sensación exclusiva, simple, unimoda y continua que hemos dicho basta para determinar el hipnotismo, puede ser, según los adeptos á esta doctrina, de cualquiera naturaleza, y radicar en cualquier sentido.

Así, por ejemplo:

La fascinación que ocasiona el movimiento uniforme de un curso de agua, de una rueda, de las aspas de un molino de viento, de un objeto brillante..., es una hipnotización por la vista.

El mesmerismo no es en realidad más que una aplicación de lo anterior.

El niño, que se adormece con los cantos monótonos de su nodriza, nos proporciona un ejemplo de la hipnotización por medio del oído.

Las oscilaciones regulares, acompasadas de la cuna, hipnotizan por la vía del *sentido muscular* (sic).

El sueño no es más que un estado hipnótico natural de la persona.

Y... dejemos ya el hipnotismo para decir algo del espiritismo.

#### XVII.

Así como el mesmerismo ya se retira, y el hipnotismo es desconocido casi por completo en España, el espiritismo tiene monomaniacas á multitud de personas.

Como dice Allan-Kardec, verdadero Mahoma de esta secta, los espiritistas no consisten ya en unas cuantas personas que esperan ver girar una mesa, volar los sombreros, ó sentir la aparición de espíritus serios y burlones; hoy constituyen una escuela, cuyos adeptos aumentan todos los días, se reúnen y discuten el pró y el contra de sus principios fundamentales.

Gracias á tan monstruoso desenvolvimiento, esta escuela proporciona á la sociedad del siglo XIX, y en el año 1875, cuando el hombre de ciencia se afana por descubrir en la célula los misterios de la vida, espectáculos que serían muy alegres y divertidos si no dejasen en el fondo del alma sentimientos de tristeza y de compasión hácia los infelices que se dejan dominar por místicas preocupaciones.

Lo diremos sin rodeos; el espiritismo es una de las muchas piruetas que da de vez en cuando la imaginación humana, y para cuya caída no hay otro sitio más á propósito que el interior de un manicomio.

En la práctica del mesmerismo había un hecho fundamental verdadero, el del sueño sonambúlico, ó hipnotización; en la práctica del espiritismo no hay siquiera un rastro de verdad.

Y, sin embargo, tenemos sociedades espiritistas que celebran sesiones públicas; tenemos generales, abogados, médicos, demandaderos públicos, fotógrafos y actores espiritistas.

Y como si esto no bastase, hasta en una de las últimas legislaturas de nuestras Cámaras se presentó una proposición firmada por varios diputados es-

piritistas, en la que se pedía nada ménos que la creacion de una cátedra de espiritismo.

La enfermedad cunde, y á fe que es contagiosa, como lo son todas las de la imaginacion; y si prosigue reinando con este carácter epidémico, posible es que dentro de poco se hayan contagiado la mitad de los españoles.

### XIX.

Todo error, áun el más disparatado, tiene su defensa, y puede disfrazarse con apariencias de verosimilitud, si los individuos encargados de mantenerle gozan de brillantes facultades intelectuales.

Con esta aseveracion nada prejuzgamos sobre ninguna escuela determinada. Todas pretenden poseer la verdad, y la verdad es única; luego es evidente que muchas viven en el error.

Entre el materialismo, que brega por explicarlo todo con las propiedades de la materia, y considera á la vida como la materia en movimiento; y el espiritismo que ve por do quiera ontologías, y abstrae las fuerzas de la materia, existe una distancia grande.

¿De qué lado está la verdad? Ó cuando ménos, ¿qué bando se aproxima más á ella? Dígalo quien pretenda saberlo, pues yo lo ignoro.

Yo sólo sé lo siguiente: El que se dedica á leer libros espiritistas, concluye siendo un sectario de esta escuela; y el que lee libros materialistas, concluye siendo materialista.

Diremos más todavía: el alma es como una especie de lienzo, en donde la última pincelada de color que se da, oculta y hasta borra las coloraciones anteriores.

Sólo la pasion de escuela, el egoismo y amor propio son los que muchas veces impiden que el hombre sea un juguete de nuevas impresiones, y vaya, como ligera canoa balanceada por el vaiven de las ondas, de una en otra escuela.

Pero circunscribiéndonos aquí á las dos escuelas últimamente citadas, merece advertirse que por efecto de una de esas sacudidas que los progresos de las ciencias positivas imprimen de vez en cuando al espiritismo, éste va ya presentando ciertos visos de materialismo puro.

Efectivamente, no ha mucho se hablaba de espíritus insustanciales y por consiguiente informes; hoy los sectarios de Allan-Kardec hablan de espíritus etéreos dotados de forma.

El éter, que es una concepcion hipotética y probabilísima, representa la materia en su mayor grado de disgregacion posible; pero despues de todo es materia.

Efectivamente; condénsese el éter, y se tiene la materia palpable y visible; disgréguese la materia

hasta lo infinito si fuese posible, y se tiene el éter, por otro nombre materia cósmica.

Para comprender mejor lo que decimos, acudiremos á un ejemplo.

Supóngase una columna de humo que se palpa y se ve; poco á poco se va desvaneciendo en la atmósfera, y concluye perdiéndose á la vista, sin embargo de existir las moléculas que le constituian; es porque se han dividido hasta un grado inconmensurable.

Pues un hecho análogo, pero mucho más pronunciado, sucede con el éter, cuyo enrarecimiento es tan grande, que si se colocase sobre el platillo de una balanza de ensayos químicos una pirámide de esta sustancia, cuyo vértice se remontase á multitud de leguas, la balanza ni áun siquiera oscilaría.

Mas sin embargo de esta propiedad, nadie negará que es materia; y se comprende que si los espíritus se componen de ella, como dicen muchos espiritistas, los tales espíritus pierden su cualidad esencial.

### XX.

Negar que la filosofía de la escuela espiritista merece ser bien estudiada, ántes de combatirla, sería un rasgo de atrevida ignorancia.

Lo repulsivo dentro de esta secta está, no en la superchería, sino en la ofuscacion propia de sus apasionados adeptos, que, bastardeando los principios lógicos y admisibles de su doctrina, descenden á cuestiones prácticas absurdas, imposibles, que dañan á la razon natural y á las verdades de las ciencias biológicas.

Durante la discusion de sus principios filosóficos, su explanamiento, la razon de su existencia y las observaciones que los apoyan, se ve á los espiritistas discutir con admirable criterio, con una lógica inflexible; pero llegan á la trasmigracion de las almas, á la actuacion de las fuerzas separadas de la materia, á las facultades medianímicas de las personas, y cuanto se refiere á las evocaciones de los espíritus errantes en el aire y la depuracion de éstos, y entónces se disparan y se pierden en hipótesis, las más veces gratuitas y arbitrarias.

Yo sé bien que no basta expresarse en estos términos para combatir una doctrina, á la que pertenecen hombres esclarecidos, y que dicen ofrecer pruebas; pero yo no puedo ni debo descender aquí á más detalles.

Dicen ellos: «La parte práctica y experimental del espiritismo es incuestionable, y nuestras afirmaciones son consecuencias lógicas de estos mismos hechos.»

Y yo digo, ni son ciertos la mayoría de los hechos que invocan, á pesar de la honradez, ilustracion y buena fe de los que se dicen testigos ó pa-

cientes de ello, pues la pasión ofusca la inteligencia, ni la interpretación que se da á estos mismos hechos obedece á las leyes de una buena lógica.

En demostración de esto mismo, referiré el siguiente suceso:

Hay entre los mediums de la Sociedad espiritista madrileña una persona muy ilustrada, de rectísimo juicio, que decía en cierta ocasión para confirmar la verdad de su doctrina:

«Una noche que estaba dormido, me despertó un violentísimo dolor que sentí en el brazo derecho; miré y vi una mancha negra que era el principio de una pústula maligna. Evoqué entonces el espíritu de Hipócrates, y seguí tranquilo mi sueño. En la mañana siguiente estaba completamente curado.»

Y quien esto decía, poseía conocimientos médicos!

## XXI.

Este artículo es ya largo y pesado, y debemos concluirle pronto.

Como inquieta mariposa hemos ido recorriendo multitud de asuntos, todos dependientes ó relacionados con la imaginación, sin profundizar ninguno de ellos por falta de espacio: tiempo es ya de que terminemos, y lo haremos diciendo lo siguiente:

En este siglo, que se llama materialista, hay mucho misticismo que engendra tras sí la locura.

Va desapareciendo el mesmerismo y alza sus vuelos el espiritismo; mañana desaparecerá esta secta y aparecerá otra.

En los siglos XV, XVI y XVII, el misticismo ortodoxo determinó epidemias de locura, cuyas víctimas perecían en la hoguera; hoy el misticismo religioso no perturba tanto las inteligencias humanas, pero en cambio abundan esos monomaniacos de escuela, víctimas de un delirio, de una calentura de su imaginación.

Con estas preocupaciones, la inteligencia padece hasta degenerar en la monomanía, cuando no en la manía misma.

Bajo el punto de vista físico, influyen de un modo claro y evidente en los estados nerviosos, tales como el histerismo, la epilepsia, la catalepsia...

Yo he tenido ocasión de presenciar la explosión de ataques histéricos en una señorita delicada, con motivo de hallarse muy conmovida por la evocación de un espíritu.

Como sé que otras muchas veces han sucedido accidentes análogos, rechazo en absoluto cuanto se refiere á la práctica de estas escuelas, sobre todo tratándose de personas nerviosas.

Bajo el punto de vista moral, pueden modificar el carácter jovial de las personas, tornándole en reflexivo, hipocondriaco y hasta excéntrico.

En prueba de ello, referiré que en este mismo año, y durante una breve ausencia de mi amigo el doctor Castillo de Piñeiro, visité en el barrio de Salamanca una señora, cuyas preocupaciones de sistema la hacían insoportable todo cuanto la rodeaba, hasta su misma familia.

Conviene, por tanto, no abusar nunca de la imaginación.

Esta facultad es como las cuerdas de un arpa, que cuanto más tirantes se ponen son más sonoras sus vibraciones, pero también están más expuestas á romperse.

Y la rotura de la imaginación es terrible: representa la enfermedad moral, intelectual y física de la persona.

DR. A. PULIDO.

## BENITO ESPINOSA

NOVELA.

XXIII.\*

LA EXCOMUNION.

Llenaba las calles una multitud innumerable, rogando al Señor para que protegiese el camino de su libertador; precedía al cortejo un heraldo, que llevaba el águila imperial; detrás venía el campeón valeroso de la palabra de Dios, acompañado de caballeros vistosamente armados y con la espada en la mano. Al llegar á la Dieta, la comitiva obstruía todas las calles; se agolpaba á las ventanas; escalaba todo, porque se consideraban dichosos los que lograban verlo; después, cuando combatió animosa y dignamente por su causa, fué llevado en triunfo á su casa, gritando los más: «Dichosos los brazos que te llevan.» Así marchaba á Worchs, en 1521, Martín Lutero, el valiente defensor de la libertad de la palabra de Dios.

Es muy difícil luchar contra la fuerza y el hábito, y muy doloroso realizar esta lucha en la vida; pero rodea al combatiente una aureola que multiplica sus fuerzas cuando le acompañan millares de miradas simpáticas; y aunque en último término perezca, deja conquistados millares de corazones, en los que se perpetúa su pensamiento. Pero es muy distinto de todo esto tener que prepararse en una oscuridad silenciosa á un combate sin esperanza de vencer. Así se dirigía, en 1657, Benito Espinosa á la sinagoga, la casa de Jacob, en Amsterdam. Nadie le

\* Véanse los números 96, 97, 98, 99, 101, 102 y 103, págs. 314, 329, 385, 426, 509, 546 y 583.



acompañaba; nadie le saludaba; los que le conocían se retiraban de él, de él, inquebrantable defensor de la libertad del pensamiento divino. No aspiraba á conquistar segunda vez para el mundo una antigua ley escrita; parecía, por el contrario, quererle privar de su poderoso tesoro, porque exigía simplemente el antiguo derecho de la libertad del pensamiento.

Ocupaban sus asientos en la sinagoga los diez jueces, presididos por el rabino Isaac Aboab, que tenía á su lado al rabino Saul Morteira. Al detenerse Espinosa ante los cuatro escalones que daban ascenso al Tribunal, se levantó el rabino Isaac Aboab y pronunció estas palabras:

—Con el auxilio de Dios, estamos aquí reunidos para juzgarte según derecho. Júranos tú, Baruch ben Benjamin Espinosa, júranos en nombre del Omnipotente no negar ni ocultar nada y someterte á la sentencia que te impondrá el Señor por medio de nosotros.

—No conozco la mentira; es ajena á mí la doblez,—contestó Espinosa;—así es que me someteré á vuestra decisión si me juzgais según la palabra divina, y no según vuestras sugerencias individuales y las prescripciones de los rabinos.

Como manifestación de la mala impresión que produjeron estas palabras, se levantó un gran murmullo en el sanedrín; al rehusar su competencia, había merecido el último grado de la excomunión.

—Veamos,—dijo el rabino Saul Morteira, después de hacer guardar silencio,—hasta dónde llega la maldad de su corazón. ¿No has comido y bebido manjares prohibidos y has violado el sábado trabajando dicho día? ¿No te has retirado de la comunidad de los fieles y has blasfemado del santo nombre de Dios y de su ley? ¿No sabes que está escrito: «El que blasfema en secreto, será castigado en público?»

Después de una pausa, Espinosa, que tenía fijos sus ojos en el suelo, levantó la cabeza y contestó con voz tranquila:

—Sólo en mí mismo puedo mostraros este poder que habla de la existencia de Dios en todo corazón humano, porque me es imposible hacer milagros. Nada me acusa al estar delante de vosotros residenciado, porque creéis ser agradables á Dios por otro género de vida. Sólo rechazaré la acusación de violar el sábado, pues pudiera aparecer como una falta contra la santa ley de Dios en la naturaleza. Sin duda, es justo que el hombre descanse de siete días uno, porque la dignidad del hombre consiste en el libre uso de sus facultades; pero ¿quién os autoriza á castigar un acto en el cual pequé sólo contra mí mismo?

Se levantaron todos los jueces, interpelándose unos á otros desordenadamente y gritando que no

se podía tolerar por más tiempo oír semejantes blasfemias.

—Dejadle hablar,—decía el rabino Aboab;—á cada frase que dice salen serpientes y demonios, que se asirán á su alma en los dolores de la vida, y que le arrastrarán al infierno el día en que llegue la muerte del pecador; debemos oír todo su crimen; adelantaos, testigos, y hablad.

Chisdaï y Efrain se adelantaron, el primero con la cabeza erguida y la vista triunfante; el segundo avergonzado y con la vista baja.

—Ha blasfemado delante de nosotros de Dios y los profetas; ha negado la existencia de los ángeles, y se ha burlado de los milagros; lo juro en presencia de Dios Eterno,—dijo Chisdaï.

—Juro,—repitió Efrain con una voz apenas inteligible,—que Chisdaï dice verdad.

—¿Qué tienes que contestar?—preguntó Morteira.

—Léjos de blasfemar de los profetas,—dijo Espinosa,—los honro más que aquellos que les quitan la divina majestad de su grandeza humana y les rebajan al rango de ídolos, rodeándoles de la falsa aureola de la infalibilidad. Odservad y ved si el sol se ha detenido en Gibeon. ¿Qué he negado la existencia de los ángeles! ¿No ha declarado públicamente el rabino José Albo que era inútil é indiferente la creencia en la existencia de los ángeles? ¿Qué me he burlado de los milagros! ¿De qué me acusais? Abrid la Biblia en el pasaje en que habla de la burra de Balaan, y ved lo que dice de este pasaje Iba-Esra. ¡Blasfemar de Dios! Lástima me infundes tú, que ignoras que no puede emanciparse de la esencia divina el pensamiento de ningún mortal que obedezca á sus leyes interiores.

—¿No has dicho,—preguntó Chisdaï,—y desgraciado de tí al repetirlo,—que existen en las Escrituras muchas nociones falsas é incompletas de la Divinidad?

—Por lo mismo creo honrar á Dios más que vosotros. ¿No llama la Biblia grande á Dios? ¿Y existe magnitud que no sea extensión limitada en el espacio? Aunque la Biblia debe ser explicada por sí misma, no puede dominar las leyes de la lógica. Debe y puede la razón, que es divina, pues procede de Dios, contemplar en sí misma la idea del Creador, hallando todo lo necesario para hacer una vida agradable á Dios, lo cual es reconocido por la Biblia misma, al declarar que han existido justos antes de la revelación del Sinaí. Y dice de la verdad manifestada en el Pentateúco: «La verdad no es del cielo; que no se diga, pues: ¿quién subirá por nosotros al cielo para anunciárnosla, con el objeto de que conformemos con ella nuestra vida? La palabra está cerca de tí, en tus labios y en tu corazón para que la digas.» (Deuter. xxx, 12.) Existe el Sinaí en nuestra razón, en la sublimidad del pensa-

miento puro; así, al exponeros fielmente mis opiniones sobre las cosas supremas, me someteré á vuestras decisiones si me refutais segun la razon.

—Has invocado las Santas Escrituras,—exclamó Morteira,—¡desgraciado! ¿Por qué no ha sido reducida á cenizas tu lengua ántes que te atrevieses á pronunciar las santas palabras? ¿Qué pretendes con tu Baal ó tu razon?

—Destruidla, pues, si sois capaces.

El rabino Isaac Aboad, que habia escuchado hasta entónces en silencio, se levantó de repente y exclamó:

—Se ha colmado la medida; ¿no estais todos conformes conmigo en que este miserable epicúreo ha merecido todas las penas del Gehinon?

Todos los asistentes contestaron amén, y Aboad continuó.

—Te pregunto, Baruch ben Benjamin Espinosa: ¿Quieres retractarte de tus palabras impías y someterte á la penitencia que te impondrémos, ó quieres llamar sobre tí la maldicion de la excomunion mayor?

—Refutadme segun la razon y me retractaré; si no quereis escucharme, os contestaré por escrito. Al mundo entero, y no á esta sinagoga cerrada, anuncio mi pensamiento; en el mundo no puede perseguirme ninguna excomunion. Precisamente me he presentado ante vosotrós para probaros que no me sublevo contra ninguna comunidad que cree poseer la verdad en su fe; pero la libertad del pensamiento tiene su dominio inviolable y sagrado. Arrojadme, si quereis, de esta comunidad en que me recibisteis en otro tiempo; pero tened en cuenta que aparecerá una nueva aurora.

—Cállate, profeta de la mentira,—gritó el rabino Aboad;—te pregunto por segunda y tercera vez: ¿Quieres retractarte?

A estas palabras siguió un silencio de un segundo, un silencio de muerte; por fin Espinosa levantó sus ojos y dijo con voz firme y segura:

—No puedo; vosotrós tampoco podeis obrar de otro modo; no os maldigo.

Desgarró el rabino Aboad su manto, cogió el rabino Morteira el schophar, hizo que salieran de él tres lúgubres vibraciones, se abrió el arca santa, se levantaron todos los asistentes, y el rabino Aboad tomó un pergamino y leyó las siguientes palabras:

Del Señor de los señores  
En el nombre sacrosanto,  
A tí, Baruch, que eres hijo  
De Benjamin, te declaro  
Fuera de los dos derechos,  
El divino y el humano.  
¡Maldito seas, Baruch,  
Por los santos de lo alto,  
Por todos los serafines,  
Y los Ofanihes preclaros!

Todas las comunidades  
Te declaren expulsado,  
Y caigan sobre tu frente  
Los tormentos inhumanos,  
Las dolencias, los dolores,  
Los temores, los espantos.  
¡En caverna de dragones  
Se vea tu hogar trocado,  
Y en los cielos esplendentes  
Pierda su fulgor tu astro!  
¡Seas para los mortales  
Objeto de horror y escándalo,  
Y las sierpes se alimenten  
Con tu cadáver nefando!  
¡Alegre á tus enemigos  
Tu desventura y tu daño,  
Y los bienes que poseas  
Caigan en mano de extraños!  
¡Que se retuerzan tus hijos  
De tu enemigo en el atrio,  
Y que sean tus desdichas  
De nuestros nietos espanto!  
Maldígante los espíritus,  
Los buenos como los malos!

.....  
¡Maldígante Rafael,  
Gabriel y Miguel el Santo  
Y Meschartel y Dios sumo  
De los cielos soberano!  
¡Y por los setenta nombres  
De los espíritus altos  
Sometidos al gran rey,  
Y por el sello preclaro  
De Zartok, baja al infierno  
Como las hordas bajaron  
De Coráh, y que tu alma  
Con temblor y con espanto  
Se separe de tu cuerpo  
Para descender al bátrato!  
¡Que la cólera de Dios  
Te ahogue en los pérfidos lazos  
De tus mismas asechanzas  
Como Architophel fué ahogado!  
¡Que la lepra de Gechsi  
Cubra tu cuerpo nefando,  
Sin que jamás te levantes  
Cuando te mires postrado!  
¡Que en las tumbas de Israel  
No se alce tu cenotafio,  
Y á extranjeros pertenezca  
Tu mujer, y los extraños  
Manchen su honor cuando mueras  
Maldito y desesperado!  
¡Caigan estas maldiciones  
Sobre Baruch el malvado,  
Que de Benjamin es hijo!  
¡De Israel sobre el rebaño  
Y tambien sobre mi frente  
Desciendan por años largos  
La paz y la bendicion  
Del Señor de los Espacios!

Cogió en seguida el rabino del arca santa el rollo de la ley, le desenvolvió y leyó estas palabras:

«Y todo el que oyere las palabras de esta maldicion se bendecirá en su corazon y dirá: que la paz sea conmigo, porque viviré segun el deseo de mi corazon, á fin de que el loco se vaya con el que

está alterado; el Eterno no favorecerá á este hombre, sino que contra él se encenderá la cólera de Dios; será herido con todas las maldiciones escritas en este libro, y el Señor borrará su nombre del haz de la tierra.»

Colocado el Pentatéuco en el arca, se volvió á tocar el schophar, y los asistentes dijeron á Espinosa:

«Maldita sea tu entrada y maldita tu salida,» retirándose todos hácia atrás cuando pasó por delante de ellos con su cabeza erguida y paso firme para salir de la sinagoga.

¿Saldrá del antiguo templo para entrar en otro nuevo; no entrará jamás en ninguno de piedra para dar testimonio de que el verdadero templo de Dios es el hombre libre?

Encontró Espinosa á la puerta de la sinagoga á Oldenbourg, Meyer y de Uries que le esperaban para protegerle, si era necesario, contra las violencias de los rabinos. Nunca le habían visto sus amigos más sereno; Oldenbourg cogió su mano, y los cuatro se marcharon silenciosamente. Al pasar por delante de la casa paterna, oyó Espinosa las lamentaciones de sus hermanas, que le lloraban como si hubiera muerto. Sentía en aquel momento separarse de todo su pasado, cortar los mil hilos del recuerdo que nos conservan tantas afecciones y perder todas las delicias de la juventud. Lo más triste en una separación irrevocable consiste en que de ambos lados muere y desaparece una parte de la vida, cuyo recuerdo involuntario aparece como un sueño, que nos hace desear el olvido.

«Y los tres amigos estaban sentados á su lado y no hablaban con él, porque veían que su dolor era muy grande,» se lee en Job. Así guardaban silencio nuestros tres amigos, porque veían que su dolor era profundo. Oldenbourg había echado instintivamente su brazo sobre la espalda de Espinosa como para protegerle y prestarle fuerzas; presumía la agitación de su amigo y lo violenta que debía serle esta separación, como la muerte que llega después de haber sido esperada.

—No, no me obligarán,—dijo Espinosa de pronto haciendo cesar el silencio,—á odiarles y ser injusto con ellos; esta maldición implica amor; no quieren abandonar á nadie, y desean asustar y castigar á cualquiera que se separa de la comunidad. ¿Y estas imprecaciones terribles? Pero si la bendición tiene sus fórmulas, ¿por qué ha de carecer de ellas la maldición? No pueden convertir mi pensamiento; si vivo para disputar con ellos, no vivo y obro; quiero vivir por mí mismo; el mundo no me vencerá.

—¡El mundo!—no pudo menos de exclamar Meyer.—¿Qué significan unos cuantos rabinos en la sinagoga en medio del universo? Te destierran á un

mundo más bello y grande que aquel del cual te echan.

—Quizá tienes razón, pero piensa que con ellos he sentido mis más vivos placeres y dolores. Hubo un tiempo en el cual el juicio de la sinagoga era para mí el juicio del mundo entero.

—Amigo,—dijo Oldenbourg,—vas á entrar en el verdadero mundo, y entrarás conmigo. Dentro de pocos días dejo á Amsterdam.

—¡Tú! ¿y en estos momentos?

—Mi ciudad natal me ha nombrado su ministro en Londres. Vente conmigo.

—¿Y qué haré?

—Se funda allí una gran sociedad científica, de la cual estoy nombrado miembro. Trabajarás á mi lado.

Pintó en seguida Oldenbourg con los colores más brillantes la vida activa en medio del mundo: honor, gloria y alegría. Se vió trasladado al centro de las grandes fuerzas humanas, y en el fondo de estos esplendores se imaginaba un hogar doméstico, del cual era Olimpia la reina, de modo que no necesitaba para aceptar los ruegos de Meyer y de Uriés; pero repentinamente cogió temblando la mano de Oldenbourg, y dijo:

—Dispensadme, amigos míos, pero necesito estar solo.

Se quedó solo, y su alma se turbó de nuevo.

—¿Por qué no han dicho mis tres amigos una palabra de Olimpia? ¿Es una ilusión? Me parece haber notado en ellos cierta indecisión... ¿En su casa, en su casa y á su vista debe principalmente comenzar mi nueva vida!

## XXIV.

### LOS ESPONSALES.

Al mismo tiempo que Espinosa abandonaba la sinagoga, abría el portero la puerta lateral de la iglesia de San Juan para dar salida á dos hombres vestidos de ceremonia, Kerkering y Van den Ende.

—Tengo frío; parece,—dijo Kerkering,—que me han despojado de un vestido protector. Cuando estaba allí arrodillado, abjurando de mi fe, casi olvidada, para ser recibido en vuestra comunidad, no sé lo que sentía en el corazón; me costaba trabajo pronunciar la palabra que se me exigía. Es un bien que no tengamos libertad de acción en los momentos decisivos.

—Esta fantasmagoría del sentimiento,—contestó Van den Ende,—es debida al aire frío de la iglesia y á la posición en que te encontrabas. Ven, hijo mío; sabe mucho mejor en otra parte el vino que allí te rehusan y que guardan para ellos solos. Según has dicho bien, todo es cuestión de hábito, todo se reduce á que te has hecho un traje de boda á la moda.

Estaba, sin embargo, Kerkering avergonzado; le parecía que iba delatando con su cara el acto que acababa de ejecutar. No recobró su fisonomía su color habitual hasta que llegó á casa del médico y bebió mucho vino generoso.

Al anunciar Van den Ende su visita á su hija, contestó ésta que se hallaba en la cama indispueta.

—Hija mia,—la dijo al entrar, dejando á Kerkerking en otra habitacion;—voy á emprender un viaje peligroso, y será un consuelo para mí dejarte un fiel protector.

—¿No puedo saber el objeto de este viaje? ¿No merezco ya, padre mio, vuestra confianza?—preguntó Olimpia.

—No, hija mia; pero no quiero exponerte á temores y penas inútiles; cuando haya terminado, te alegrarás del éxito. Ignoro si será comedia ó terminará en tragedia; pero de todos modos merece la pena exponer su piel y su peluca. Verán que Luciano y Demócrito enseñan á tener valor tan bien como sus divinidades sombrías; pero ya lo sabrás más tarde. Permíteme en este momento hablarte como padre, como amigo; vengo á verte adornado con mi vestido de fiesta; contesta al dolor como verdadera estóica: «Soy más fuerte que tú.» Prepárate y ven con nosotros; hé ahí para que te vistas y adornes.

Escuchaba Olimpia con sorpresa la voz de su padre, cuya alegría resaltaba más en el silencio de la noche, y fijaba su vista al mismo tiempo admirada en un magnífico vestido de perlas.

—¿Qué es esto?—preguntó.

—Nuestro amigo te envía este vestido nupcial de su madre, y me encarga te diga ha vertido por tí más lágrimas que perlas hay en el fondo del mar.

—¿Ha llorado? No le creí capaz de ello; sin duda ha llorado al abjurar de la fe de sus padres.

—Ha abjurado, hija mia, á pesar de sus creencias luteranas, para darte esta prueba de amor. Con Kerkerking me devolverás mi Cornelius.

—¿Qué desgracia!—exclamó Olimpia, tapando su cara con la almohada.

Ante las repetidas instancias de su padre, se levantó, y le dijo entre quejas y llantos:

—«¡Oh, qué desgraciados somos! Mi amor pertenece á...; ya sabéis á quién, padre mio; ¿por qué obligarme á decirlo? Amo á Espinosa; me ama con toda la divina elevacion de su alma, como mujer ninguna ha sido amada.

Van den Ende golpeó su frente con el puño cerrado, se paseó por la habitacion embebido en sus reflexiones, y volvió á acercarse á la cama de su hija, y dijo:

—Sé franca conmigo, querida Olimpia; ¿os habeis hecho promesas?

—Sí.

—¿Y contabas con mi aprobacion?

—Sin duda, porque vuestro pensamiento libre es ajeno á toda preocupacion.

—No la tengo, pero reflexionemos tranquilamente. ¿De qué vivireis? Porque, como sabes, nada poseo.

—Espinosa aceptaría una cátedra de matemáticas ó de filosofía en cualquier Universidad.

—No es cosa tan fácil; le han excomulgado los judíos, y todos los sacerdotes de todas las confesiones se ayudan cuando se trata de destruir al enemigo comun. Podría pulir cristales y tú darías lecciones de música, lo cual no os impediría moriros de hambre; cuando no tuviéseis agua clara que beber, podrías tomar salsa de filosofía, que es un alimento muy nutritivo, pero de seguro no satisfaría á vuestros hijos. Vuestro amor es un falso silogismo.

—Sois intolerante, padre mio.

—No lo soy, hija mia. Tal vez os parezcan verdaderos salvajes las gentes como yo, consideradas desde esa altura sobrehumana en que os encontrais, rodeados de genios sublimes que no tienen carne ni huesos; desde esas alturas resolveis las eternas cuestiones del porvenir de la humanidad y del mundo; pero, ¿qué importa todo eso, si os queda como problema insoluble el pan de cada dia? Vuestras dos almas se aman, pero como buenas criaturas las almas están siempre dispuestas á toda clase de privaciones.

—¿A esto se reduce la calma con que quereis hablarme? ¿No merece más que esa ironía la abnegacion que quereis imponerme?

—Tienes razon,—contestó Van den Ende;—cajaos, que yo no lo he de impedir. Consiste el paraíso para el hombre en hacer su voluntad; pero piensa en el medio de sobrellevar el desden y compasion de tus amigas y conocidas. ¿No las observas aquí cuchichear? «Ahí la teneis; hubiera vestido imágenes si no se hubiera compadecido de ella el pobre judío, rechazado por los de su raza.» Y tendrán razon en el fondo al pensar: «Si realmente la hubiera amado, hubiera renunciado de buen grado á su creencia, sin esperar á ser excomulgado por sus correligionarios, porque esto siempre es una mancha ante la sociedad.» Sé bien que estas consideraciones no deben separarte de tu resolucion, ni con esto quiero comparar á Espinosa con Kerkerking; aquel es un talento poderoso, y la union de vuestras dos almas por instantes en una divina armonía compensa años enteros de privaciones y equivale á los más dulces goces mundanos. Le amas, le veneras, admiras la majestad de su talento, quiero creer que no abusará de su superioridad; ¿qué es Kerkerking á su lado? Te ha probado su amor, convirtiéndose á tu fe; ha abandonado una comunión rica y gloriosa, sin que hayas participado de las circunstancias difíciles, que preceden á una conversion, sin imponerte responsa-



bilidad alguna; ni te pide siquiera que se lo agradezcas; se contenta con amarte. Te adora, cada una de tus palabras es para él un oráculo, el menor de tus deseos una orden que cumple ciegamente; pero haces bien, no quieras marido al cual domines; el más bello adorno de la mujer es la obediencia áun bajo la más despótica opresión. ¿Qué te puede ofrecer Kerkering? Un corazón sincero, que late sólo por tí, que te proporcionará una vida de honor y placeres, y que te hará ser envidiada por las demás. Nada es esto comparado con el supremo goce de la armonía de las almas; aunque ésta es eterna, la eternidad de semejante armonía puede durar un año ó dos; ¿no es bastante?

Calló el padre; Olimpia no lloraba; se imaginaba y contemplaba con su prendido de perlas.

—¿Puedo abandonar el lecho?—preguntó por fin.

—Ciertamente,—contestó el padre sonriéndose interiormente al salir.

Olimpia se levantó y se vistió:

—He hecho creer á mi padre que era mi amor más vivo que es realmente,—pensó,—y despues de todo, ¿me ha hecho arrojarme en sus brazos el amor propio y el deseo de triunfar de toda resistencia? No, le amaba ántes y aún le amo.

Cogió el collar, se le colgó, y despues se miró con complacencia al espejo.

—Dirán que no habré encontrado otro marido: ¿qué importa? ¿No sé yo que estaba en mis manos este collar con una vida de placer, y que le he rehusado? ¿Pero haré bien? Es de una índole melancólica; su Dios es el silencio; al negarle mi mano, le hago más libre. Aunque es bueno y complaciente me seduce la adoración sumisa de Kerkering.

Se quitó el collar; se paseó pensativa por su cuarto; se consideró atravesando las calles, pobre, miserable, aislada, y no pudo desechar esta visión, producto del delirio, sin decir algunas frases chistosas; su padre la oyó, abrió la puerta, y la dijo:

—Kerkering espera en el salón para oír la palabra decisiva, sí ó no: creo penetrar tu pensamiento; pero no quiero coartar tu resolución, aunque puedo ayudarte; ven.

Se colgó Olimpia á su brazo con una obediencia infantil, y le dijo que obraría á medida de sus deseos, aunque sabía que al obedecer á su padre seguía su propia voluntad, cubierta así por cierta apariencia de sumisión. Van den Ende la llevó al salón, y la presentó á Kerkering, diciendo:

—Aquí tienes tu prometida, hijo mio.

Se sacó Kerkering de su dedo una sortija de brillantes, que puso en el de Olimpia, y dijo acompañando estas palabras con un beso:

—Mia para siempre.

Al mismo tiempo que Espinosa había luchado contra las seducciones de la vida y de la gloria, había

luchado también Olimpia contra seducciones semejantes y había sucumbido...

Sentados una noche el uno cerca del otro, conversaban afectuosamente Kerkering y su prometida, y mientras que Van den Ende se paseaba por la habitación frotándose las manos como hombre satisfecho, Olimpia estaba muy contenta, y Kerkering contaba que la había comprado un caballo adiestrado y que correrían juntos por las calles de la ciudad. De repente se abrió la puerta, y entró Espinosa, grave y solemne; á poco de entrar se levantó Olimpia y se adelantó á Espinosa.

—Sé que no os agradan las escenas de grandes emociones,—le dijo con voz temblorosa;—no tengo secretos para mi padre ni para Kerkering: nos hemos amado. ¿Recordais la hora solemne en que me suplicasteis que olvidara lo que habíamos sido y lo que queríamos ser el uno para el otro? Ha llegado el momento; Mr. Kerkering es mi prometido.

Se vió Olimpia obligada á apoyarse en el órgano; Espinosa permaneció inmóvil y con su vista fija.

—Os suplico,—añadió Olimpia,—que no me negueis vuestra amistad.

—Deseo,—contestó Espinosa con voz entrecortada,—que os proporcione Mr. Kerkering la dicha que en momentos más felices esperaba ofreceros algún día.

Con cierta alegría que no le era habitual, y conversando de cosas indiferentes, permaneció Espinosa largo rato en casa de Olimpia, porque creía cumplir con su dignidad de hombre prolongando su presencia para separarse en paz, y realmente se quedaba, porque se separaba con pena de esta imagen ilusoria que le recordaba las más dulces impresiones de su vida.

Llegó Oldenbourg, que abrazó á Espinosa cuando se enteró de lo acontecido. Estaba Kerkering alegre y gozoso; reía, asegurando que realmente era aquel el primer día de su vida, y rogaba á Olimpia una canción, pretestando que sería su primera y última exigencia. Se sentó Olimpia al órgano, obligada por las instancias y súplicas de Kerkering y Oldenbourg, y cantó maquinalmente la canción de *La joven bajo los tilos*.

Aún vibraban los últimos sonidos cuando Espinosa cogió su sombrero y se marchó. Había llegado á casa de Olimpia con el alma ávida de simpatías, porque hay horas en que el hombre, á quien se le cierran los templos de piedra, siente la necesidad de que se le abra uno en el corazón humano; pero, por lo visto, había condenado la suerte á Espinosa á no encontrar la fuerza y la calma más que en sí mismo.

Tenía, sin duda, motivos para consolarse; podía desenvolver su pensamiento sin sujetarlo á formas que rechazaba; no necesitaba, despues de su exco-

munion, callar sus convicciones ó procurar velarlas; pero, aunque habia podido ver con calma destruirse un sentimiento, origen para él de tan dolorosas luchas, renacía con más fuerza el eterno problema del amor que echa de ménos el dolor ausente y el tormento perdido. Amenazaban avasallar este alma admirable la melancolía y la tristeza; pero su pensamiento dominó su corazón y adquirió en más alto grado aún esta serenidad, que es la verdadera libertad del espíritu, libertad sometida á las necesidades exteriores y que indaga sus leyes sin cuidarse de las heridas propias.

Tener la razón para vencer el dolor y desesperarse, constituye un suicidio parcial; el que pretenda ser libre y vivir según las leyes de la razón, no debe dejar de serlo nunca; porque al sucumbir á sus pasiones hace un paréntesis en la eternidad de su vida, ya que la única vida real y eterna es la cumplida según la razón.

Para vencer en este rudo combate; para separarse de todos los bienes, de todas las seducciones; para llegar á este punto culminante del pensamiento puro y á esta palabra tan vasta, casi incomprensible, que le trasfigura y que parece desdeñar el mundo, necesitó hacer Espinosa muchos y muy grandes esfuerzos.

—Me explico,—decía,—las acciones y los esfuerzos de los hombres como si se tratara de líneas, de superficies y de cuerpos.

Penetrados de admiración y de sorpresa, reconocieron los amigos de Espinosa el poder y la fuerza de su alma, que, después de haber vencido la vida por el pensamiento libre, gozaba de ella con una dicha tranquila. Aún no rodeaba la aureola su frente, pero brillaba ya en todo su ser.

BERTHOLD AUERBACH.

(Concluirá.)

## CRÍTICA LITERARIA.

### NOTAS ÍNTIMAS,

POESÍAS DE D. RICARDO MOLY DE BAÑOS.

Siempre que llega á mis manos un nuevo libro, dóime á pensar así en los defectos que pueda tener como en las bellezas que deba lucir, y, aunque con alguna que otra excepción, es lo más general que el juicio que la lectura del libro me sugiera confirme la sospecha que á su vista, al fijarme en su título ó al recordar los antecedentes literarios de su autor, llegase yo á concebir.

Efecto, pues, de esa ya como costumbre de ir presintiendo lo que cada libro podrá tener de loa-

ble ó de reprehensible, al recibir el á que se refieren las líneas presentes supuse que se trataba de un tomo de eróticas poesías.

El título del mismo lo parecía demostrar, y la lectura de las composiciones que el volumen comprende ha justificado bastante bien mi suposición.

No ha sido completa la confirmación, porque aún siendo la mayor parte de las poesías que se insertan en *Notas íntimas* del género erótico, se colocan también á su lado algunas otras de carácter más profundo y trascendental.

El autor confiesa en el prólogo que su libro está inspirado por la «vida del corazón,» y de ahí deduce quien este artículo escribe que sólo á sus poesías eróticas debió el Sr. Moly de Baños titular *Notas íntimas*, porque así como los efectos nobles del leal patriotismo y los de las elevadas aspiraciones de la buena filosofía los propalamos siempre todos, las dulces emociones y los acibarados desengaños del amor se callan á los más y no se refieren bien ni aún á los ménos.

Titular *Notas íntimas* al libro era, pues, una consecuencia de abrir, hasta donde llega el límite de la oportunidad, el arca de los secretos amatorios, y de consiguiente, si el autor hubiese sido enteramente fiel á la promesa que bajo la denominación del libro nos hacía, ni se tendría que censurar bajo ese punto de vista, ni por un momento habría yo dudado de la mayor generalidad de mis exactas y citadas suposiciones.

En cambio, lo que de consecuencia se pierde en otras calidades se gana, porque de ser fiel guardador el Sr. Moly de Baños de lo que la titulación preceptuaba ó exigía, no aparecerían hoy en *Notas íntimas* algunas composiciones de que con el debido aplauso me ocuparé en líneas de más adelante.

El autor de *Notas íntimas* coloca al frente de su libro una carta donde elogia nominalmente las composiciones *Mi corazón y tú*, *Cerca y lejos* y *¡Acuérdate de mí!* el celebrado autor de *El tejado de vidrio* y de *El tanto por ciento*, D. Adelardo Lopez de Ayala, después de haber calificado al Sr. Moly de Baños, muy justamente, como «poeta de sentimiento» y «de mucha facilidad.»

En las cinco páginas de impresión que el Sr. Moly de Baños publica en su tomo á manera de prólogo ó introducción, indica que sus versos son hijos del sentimiento, y reconociendo modestamente ser defectuosos, pide indulgencia por ello al que leyere.

Quien como el autor del presente artículo los ha repasado con satisfacción por las bellezas que encierran, no há menester de mucha condescendencia para disculpar los descuidos que en *Notas íntimas* se hallan.

Son las primeras en suma más crecida é importante que los segundos, y esto justificará que me

complazca haciendo resaltar lo bueno, aunque doliéndome de tener que evidenciar lo que no lo es.

Como las poesías del Sr. Moly de Baños son principalmente de sentimiento, según su propia confesión, el testimonio del Sr. Lopez de Ayala, mi sospecha y lo que la lectura del libro patentiza, abundan en *Notas íntimas* las delicadezas de concepto, las imágenes de apasionado simul, las endechas cariñosas y aún los epigramas, reproches y alardes de indiferentismo.

Se ve que el Sr. Moly de Baños escribía en determinada oportunidad cantando loores al objeto de su amor, y en ocasión diferente doliéndose de ingratitud, ora amante y tierno, luego despegado y desdenoso, para tornar después á ensalzar mañana lo ayer como olvidado, y más tarde á trovar dulcemente ante nuevo ídolo amoroso.

No es, por tanto, el libro del Sr. Moly de Baños lo que los de sonetos del Petrarca, la expresión exacta y fiel de una historia de amores en que el poeta describe uno á uno los encontrados afectos que una mujer sola le inspiró; no, en mi concepto *Notas íntimas* es principalmente una serie de composiciones, eróticas las más de ellas, inspiradas por diversidad de sucesos reales acaecidos al Sr. Moly de Baños, pero en los cuales han debido intervenir más de una niña ó más de una dama.

Justo ha sido el Sr. Lopez de Ayala encomiando las tres composiciones mencionadas, que ha ido nombrando, se conoce, por el orden mismo de correlación en que en el tomo aparecen.

De haberlas celebrado con relación á su mérito, se habría invertido el orden, colocando en primer término la titulada *Cerca y lejos*, para dejar ocupando el último puesto de las tres la de *Mi corazón y tú*.

En el libro mismo se hallará confirmación de lo expuesto, ya que para probarlo con verdad fuera preciso copiar aquí íntegras las tres composiciones, para lo cual lucha contra mi deseo la necesidad de condensar el escrito.

De otras poesías he de hacer mérito también, porque no sólo las citadas merecen mi aprobación, unas como pensamiento capital, otras como forma literaria, cuál por un primor de concepto determinado, cuál otra por la brillantez de una imagen.

Es muy bello el tono en que está escrita la que se titula *Ella y sus flores*, y no menos el pensamiento final de la denominada *Mi vida*, y tienen bellezas exquisitas *Mi mundo era ella*, *A un suspiro*, *Despedida* y *Los dos polos*, de cuyas dos últimas haréme aún cargo, después de elogiadas en conjunto, para indicar lo que juzgo merecedor de alguna censura, á saber: en *Los dos polos*, que siendo la composición imitación de Becquer, no supere en mérito al

original, pues por difícil que esto fuese, de no poder sobrepasar en valía al modelo, más vale siempre una medianía original que una imitación buena: y en *Despedida*, que por huir el autor de una repetición en el final de la cuarta seguidilla, ha alterado la forma del sétimo verso, diferenciándole de los que constituyen final de cada seguidilla de las cinco que la composición comprende.

Inconsecuencia es esa, después de todo, que tiene la disculpa que ya he iniciado, penetrando en el pensamiento del autor. Mas de otra he de hablar aún para advertencia de los que en adelante compongan y publiquen.

En algún pasaje del tomo dice el Sr. Moly de Baños que el cielo no es azul, y en otros que sí es azul. Podrá decirse que, escrita cada composición en época distinta, subordinaría el autor los pensamientos á esas diferentes influencias imaginativas que en la mente del poeta presentan los símiles bajo caracteres tan desemejantes; mas como los partidarios decididos de la consecuencia queremos verla lucir hasta en las imágenes y afirmaciones poéticas, podrá ser disculpa para otros lo que para mí no.

Cual queda expuesto, si el autor de *Notas íntimas* hubiese eliminado del tomo las poesías de distinto género que las del que con mayor principalidad se hallan en el libro, no veríamos en él una tan delicada y tan bella como la intitulada *A una huérfana*, ni otras tan correctas, nobles, entusiastas y patrióticas como las que se llaman *Las flores de lis* y *A Don Alfonso*.

No todo es perfecto en ellas como en otras, sin embargo; porque dentro de un mismo verso de la primera, hallanse dos asonantes, defecto que no por ser bastante común deja de ser vituperable, y porque en la segunda se advierte un descuido tan señalado en la terminación de los versos primero y quinto, que á no ser errata, que no parece presumible, porque la impresión está hecha del modo más esmerado, difícilmente podría ser mayor.

La colocación de estrofas diferentes cuyos determinados consonantes asonantan á veces entre sí, es otro de los defectos de que sólo haré mención para insistir en proclamarle en mi concepto como tal, por más que hasta suela hallarse en composiciones debidas á los escritores notables, así antiguos como modernos. Sirva esto, pues, al Sr. Moly de Baños, ya que no de disculpa para mí, de consuelo para él.

La falta de titulación de las composiciones, que con relación á algunas se observa, impide citar la denominación de las que aparecen en las páginas 21, 40, y 72, muy acreedoras de encomio, por varios de sus poéticos conceptos la primera, por la más acabada forma literaria la segunda, y con especialidad por su pensamiento la tercera, la cual

trasladaré aquí, porque siendo corta, resulta adecuada al caso por lo mismo:

El lago solitario, adormecido,  
Su bruma esparce de flotante tul...  
Y refleja en su fondo ennegrecido  
La luz del cielo azul.  
Tal, en mi noche de dolor sombría,  
Tu bienhechora luz yo recibí,  
Y es tuyo, solo tuyo, amada mía,  
El cielo que hay en mí.

El lector podrá haber observado que la belleza del pensamiento es grande; pero también que en la manera de expresarle en la segunda estrofa no hay toda la necesaria claridad.

Ya puesto á copiar, no omitiré insertar la poesía *Dos distancias*, otra de las mejores como pensamiento, forma, estilo y corrección.

Dice así:

I.

Yo por la playa solitario erraba;  
Era la noche silenciosa y fría;  
Herida el alma mía  
Del desengaño, el aguijón llevaba;  
Y al mirar las estrellas brilladoras  
Indiferentes contemplar mi pena  
Desde su altura sin igual, serena...  
Exclamé con amargo desconsuelo:  
—*¡Qué lejos de la tierra se halla el cielo!*...

II.

¡Era también de noche!... Unido al tuyo,  
Mi brazo estaba para darte aliento,  
Y mudos ya los tiernos ruseñores,  
Yo te cantaba, hermosa, mis amores,  
Que en torno nuestro repetía el viento!...  
En lánguido desmayo,  
Tu beldad contemplando y mi fortuna,  
Misteriosa la luna,  
Vibraba sobre tí su mejor rayo!...  
Y entonces, alma mía,  
Al mirar cuánta gloria en tí se encierra,  
Mi enamorado labio te decía:  
—*¡Qué cerca están los cielos de la tierra!*

Composiciones así acreditan á un poeta de buen pensador y de tierno conceptista.

La mayor parte, casi todas las poesías del volumen que voy comentando, son de estilo moderno; pero no falta una al menos que recuerde el decir de nuestros poetas de dos siglos há. En *La dicha que anhelo* se leen dos redondillas que testifican de ello, como verá mi paciente lector:

Que al imposible llevado,  
Sólo á ese amor he debido,  
Penas si correspondido,  
Y penas si desdeñado.

Por eso en mi afán profundo  
Venturas de aquí no espero,  
Y tan solamente quiero  
Venturas de mejor mundo.

No terminaré sin nombrar con el debido encarecimiento la poesía *¡Tarde piache!* (1) por la facilidad y soltura con que está escrita, ni sin ocuparme en párrafo especial de las *coplas* que se publican como fin del tomo.

Las coplas ó cantares del Sr. Moly de Baños son desiguales, porque al lado de una filosófica y buena como la primera, se ve otra tan de oscura forma expresiva como la tercera, y junto á varias escritas en estilo de mayor perfección lingüística que á un canto esencial y exclusivamente popular conviene, muchas de belleza no escasa, como las que copiaré seguidamente:

Era á la luz de la luna;  
Era tu voz y mi voz;  
Era que un beso me dabas;  
Era... que soñaba yo.

Las fuentes van á los rios;  
Los rios van á la mar;  
Sin tu cariño, mi vida  
Sabe Dios adónde irá.

Ya brotan del prado flores,  
Y de los árboles frutas;  
¡Todo reverdece, todo,  
Pero mi esperanza nunca!

Sube al cielo la mirada,  
Sube hasta Dios el incienso,  
Y en busca del infinito  
Sube á tí mi pensamiento.

En conclusión, el libro *Notas íntimas* contiene buen número de bellezas y también diferentes defectos; pero siendo estos de los que el autor puede corregir en otras publicaciones poéticas con sólo proponerse realizarlo, no es aventurado suponer que la primer colección de poesías que el Sr. Moly de Baños dé á luz conquistará al poeta el dictado de muy excelente, como ahora obtiene ya el de asaz valioso.

Para conseguirlo, debe hacer el Sr. Moly de Baños lo que he recomendado en distintas ocasiones á otros muchos publicistas: repasar una y otra y otra vez los escritos para expurgarlos de giros poco castizos, oscuridades de concepto, descuidada colocación de asonantes y consonantes; todo por extremo frecuente en los más de los poetas, pero muy fácil de evitar cuando se es vate de sentimiento y de inspiración como el autor de *Notas íntimas* lo es, y sabiendo manejar el idioma castellano con la facilidad que en buen número de las composiciones del tomo aquí analizado se advierte y agrada.

E. DE CORTÁZAR.

Madrid 1.º de Febrero de 1876.

(1) Copio lo que el autor pone, sin comentario alguno filológico.



## REVISTA CIENTÍFICA.

Higiene alimenticia: Las carnes sanguinolentas.—Sus ventajas é inconvenientes.—Digestibilidad particular de las carnes poco cocidas.—Los parásitos de la carne.—Frecuencia de la lombriz solitaria desde el uso de la carne cruda.—La coccion perfecta mata los huevos y los gérmenes.—Cisticercos triquinos.—Propagacion de la ténia por las ensaladas.—La ténia en el ejército.—Estadística del consumo de los tenifugos desde hace diez años.—El vino y el agua.—Los ferruginos naturales.—Más hierro en el vino de Medoc que en las aguas minerales más ferruginosas.

Química legal: Falsificacion de la escritura revelada por la fotografia.—Los rayos ultra-violetos.—Un ojo suplementario.—Curiosa accion del yodo sobre el papel blanco.—Toda huella invisible dejada sobre el papel se hace visible por el vapor de yodo.—Medio de hacer visible la escritura trazada con una pluma seca y nueva.

Economía doméstica: Mejoramiento de la leche y de la manteca.—Las prácticas actuales sobre el desnatamiento.—Tratamiento de la leche por el frio.—La manteca de Dinamarca.—Fabricacion de la manteca por el hielo.

La química fisiológica ha demostrado que la carne es tanto más digestible cuanto más se acerca á su estado natural. Por esta razon se recomienda con tanta frecuencia á los enfermos y á los niños débiles el uso de carne cruda ó apenas cocida. Los aficionados al *rosbeef* lo comen sanguinolento, y hacen muchos elogios de él. La facilidad de asimilacion está en razon inversa de la coccion: la carne muy cocida es indigesta.

El hecho es incontestable, y el valor alimenticio de la carne apenas tostada se encuentra seguramente en su máximun (1). Sin embargo, no basta poner al alcance de los órganos digestivos una sustancia fácilmente asimilable; es necesario además precaver á la economía de la introduccion de toda sustancia peligrosa, de los gérmenes de toda clase que pueden encontrarse en la carne. Ahora bien: una carne que apenas ha estado en el fuego puede contener huevos de parásitos, gérmenes de naturaleza indeterminada aún, que no habrá destruido la débil elevacion de temperatura de la masa. Por esta razon creemos ocasionado á peligros el placer que tienen algunas personas en comer carne casi cruda.

Es muy conveniente disminuir en todo lo posible el trabajo de los órganos digestivos, pero es imprudente dejar expedito el camino á los huevos que puedan haber depositado en la carne las moscas y parásitos dañinos. Cuando existe una necesidad absoluta, cuando el estómago rehusa toda alimentacion, cuando la debilidad ha llegado á su colmo ¡pase! se puede correr el riesgo, se puede ensayar todo, porque es necesario; pero cuando el hombre se encuentra sano y el organismo en todo su vigor, no vemos por qué razon se le ha de recomendar la

(1) La albúmina de la carne se coagula en la superficie y forma una especie de capa preservativa que impide se evaporen y pierdan los jugos alimenticios. Así conserva la carne todos sus principios: sangre, minerales, etc.

carne poco cocida, por qué se ha de exponer al organismo á la invasion de huevos de cisticercos para economizar á los órganos un poco trabajo.

Confirman esta opinion algunos hechos nuevos que acaban de comunicarse á la Sociedad médica de los hospitales de Paris.

M. Archambault, en una interesante nota, ha demostrado que la ténia ó lombriz solitaria, se ha hecho mucho más frecuente de algunos años á esta parte. Atribuye el mal al uso de carne cruda. Segun M. Weiss, médico de San Petersburgo, que fué el primero que preconizó el tratamiento de la diarrea en los niños por la carne cruda, el *ténia solium* se observa con mucha frecuencia desde 1858 en la capital de Rusia. Ahora bien, resulta de las investigaciones del autor, que la solitaria ha sido importada á San Petersburgo por la carne de buey de Podolia. Esta carne, reducida á pulpa impalpable y comida cruda, ha transmitido la solitaria. M. Archambault ha observado tambien la frecuencia de la solitaria en los niños de Paris, habiendo reunido diez observaciones conformes. El niño adquiere diarrea persistente en la lactancia, se le administra carne cruda, y cinco ó seis meses despues se observa que tiene la solitaria. M. H. Royer ha comprobado lo mismo en muchos niños. M. Dumas, de Cete, menciona seis observaciones de ténia en niños, y no vacila en atribuir la solitaria á la alimentacion con carne cruda procedente de bueyes de África.

Por su parte M. Leon Colin llama la atencion sobre la frecuencia de la solitaria en los soldados de África. La estadística prueba que en Asia y en África la solitaria es muy comun en los soldados. Las tropas inglesas que vuelven de las Indias Orientales son atacadas de la solitaria en proporciones desconocidas entre las tropas europeas. Gordon asegura que en Peschawer, ciudad del Penjaub, bastan dos años de permanencia en los regimientos ingleses para que se vea atacado uno de cada tres. Los soldados franceses adquieren la solitaria fuera de Europa en la siguiente proporcion: poco ó muy poco en Méjico; muy comunmente en China y en los puestos militares de Asia; mucho más aún en Siria, en donde el ejército se ha visto en cierta manera infestado de solitarias (la décima parte, y tal vez la quinta parte del efectivo); en fin, con extraordinaria frecuencia en África, en Argelia y especialmente en el Senegal.

En Francia es rara en el ejército la solitaria. En el Mediodía, el soldado se encuentra con iguales probabilidades que los habitantes de esta region, para contraer la solitaria.

La poblacion civil presenta en Francia más casos de ténia que el ejército, atribuyendo M. Colin esta diferencia á la de alimentacion. La poblacion civil

adquiere de día en día más costumbre de comer carne cruda ó poco cocida.

El gran número de casos de solitaria en Asia, Siria y Abisinia puede resultar del poco cuidado que tienen en desembarazarse de los cadáveres de animales. Los restos cadavéricos contienen cisticercos que concluyen por pulular. En Abisinia se usa mucho el *brondou*, plato del país que consiste en carne cruda macerada. Los musulmanes, que no comen el *brondou*, no adquieren la solitaria.

La *tænia medio canellata*, que no debe confundirse con la *tænia solium*, se desarrolla en el buey y en la vaca. Esta es la solitaria que se encuentra en los abisinios. La *tænia solium* se desarrolla primeramente en el puerco.

M. Chauffard se inclina á atribuir algunas veces el mal á las legumbres, y, en efecto, puede sospecharse con él que el agua empleada para regar las legumbres, especialmente las ensaladas, y el abono que se emplea en este cultivo, contenga gérmenes de entozoarios.

Segun M. Polain, la propagacion del botriocéfalo en Ginebra se verifica por medio de las ensaladas, porque el botriocéfalo goza de la facilidad de reproducirse directamente del huevo sin pasar por la generacion alternante. Las aguas corrompidas depositan en las legumbres los huevos del gusano. M. Polain ha tenido conocimiento de una observacion que prueba esta propagacion directa del botriocéfalo por la absorcion del huevo:

M. Polain ha tenido tambien ocasion de observar un caso de *tænia medio canellata* en una jóven que comía todas las mañanas corazon de vaca apénas cocido. El centro de la carne no experimentaba una temperatura suficientemente elevada para destruir los huevos. M. Gerin-Rose ha hecho arrojar tres solitarias á personas que comían frecuentemente jamon crudo.

Segun estos médicos, el uso de carnes sanguinolentas, que de día en día aumenta, puede ser la causa del aumento de solitarias en Paris. Nosotros opinamos absolutamente de la misma manera.

Los mejores remedios contra la solitaria, segun M. Leon Colin, son la corteza de raíz de granado, la semilla de calabaza silvestre y el helecho macho. Como los niños rehusan la raíz de granado, M. Archambault preconiza el grano de calabaza en dosis de 45 gramos. Prepárase en pastas que los niños comen como confites, ó bien se pican, se tamizan y se mezclan á una bebida agradable.

La frecuencia de solitarias de algunos años á esta parte se demuestra tambien por el creciente consumo de tenífugos en los hospitales de Paris. El profesor Regnault, director de la farmacia central de los hospitales, ha hecho esta observacion en los diez años últimos. Los tenífugos más empleados

son el kouso, la semilla de calabaza silvestre, la corteza de granado y el helecho macho. Ahora bien, miéntras en 1864 se consumían 2 kilogramos y 100 gramos de kouso, en 1868 se utilizaban 6 kilogramos, 300 gramos; en 1872, 10 kilogramos; en 1873, 11 kilogramos, y en 1874, 10 kilogramos. En cuanto á la raíz de granado tambien se advierte un aumento que va de 11 kilogramos 20, en 1864, á 18 kilogramos 125, en 1874.

Desde el sitio de Paris ha ido aumentando el consumo anual de tenífugos. Los hospitales consumían anualmente, ántes de 1870, 3 kilogramos 900 gramos de kouso, 3 kilogramos 00,6 de grano de calabaza silvestre, 13 kilogramos de raíz de granado, 14 kilogramos 25 gramos de helecho macho. Desde 1870, el consumo medio anual se eleva á 9 kilogramos de kouso; 5 kilogramos, 311 gramos de grano de calabaza silvestre; 14 kilogramos, 25 gramos de raíz de granado, y 12 kilogramos de helecho macho. Ciertamente es que la invasion de una solitaria no produce enfermedad grave y que fácilmente se la arroja; pero al lado de estos huevos pueden encontrarse otros, pueden deslizarse gérmenes peligrosos. ¿Quién sabe? ¡Hemos adelantado tan poco aún sobre la etiología de ciertas enfermedades!...

En conclusion, diremos: usad las carnes poco cocidas, pero no abuseis de ellas.

\*\*\*

Los enfermos obligados á tomar aguas medicinales ferruginosas, tal vez no sientan saber que pueden introducir en su economía gran cantidad de hierro bebiendo vino en vez de agua. Entre el agua y el vino hace mucho tiempo que la mayoría ha optado por el vino.

Un naturalista, que á la vez es distinguido químico, M. Leon Perier, de Panillac, acaba de demostrar que los vinos de Burdeos son extraordinariamente ricos en hierro. Los vinos de la zona de la Gironda, comprendida entre Pauniac y Margaux, por ejemplo, contienen, por término medio, 18 centigramos de tétrato férreo por litro, lo que representa 63 miligramos de hierro. Pocas aguas minerales pueden compararse á estos vinos.

Entre los numerosos y célebres manantiales de Spa, Príncipe de Condé, Pouhon, Geronstère, Sauveniere, Groesbeck, Vieux-Tonnelet, etc., uno sólo, el primero, está más mineralizado, porque da hasta 191 miligramos de protóxido de hierro; los demas quedan muy inferiores al vino; Pouhon no llega nunca á 42 miligramos; Geronstère y Sauveniere bajan más aún, y podria recorrerse la serie de los manantiales ferruginosos sin encontrar un agua tan rica en hierro como el vino de Medoc, exceptuando la de Pymont, que tiene exactamente la misma cantidad.

En Francia es tan ventajosa para el vino la comparación, que medio litro de este vino puede ser mucho más ferruginoso que un litro de agua. El vino de Burdeos contiene mucho más hierro que las aguas de Morny, Chateau-Neuf, Saint-Denys-les-Bois, Forges, Chateldon y Bussang. El agua de Orezza, en Córcega, es, sobre poco más ó ménos, la única excepción.

Segun los análisis de M. Perier, puede decirse que 33 centilitros de vino de Medoc, contiene tanto hierro como un litro de la mayor parte de las aguas ferruginosas de Francia y los demas países. El vino goza además la ventaja de conservar por más tiempo intacto su elemento mineralizador, lo cual es muy dudoso en cuanto á las aguas, aún en aquellas que están más saturadas de ácido carbónico.

En suma, un vaso de vino de Burdeos contiene más hierro que medio litro de agua mineral, y es más sencillo beber un vaso de vino que medio litro de agua.

Probablemente deben los vinos de Burdeos al tartrato de protóxido de hierro su antigua reputación de ser muy á propósito para fortalecer los niños, reanimar los convalecientes y sostener á los ancianos.

\*\*\*

Sabido es que con auxilio de procedimientos químicos muy sencillos se consigue poner en evidencia las falsificaciones de escrituras privadas y de letras de cambio. La fotografía permite obtener el mismo resultado, con la ventaja de que deja completamente intactos los documentos sometidos á experimentos legales. En una de las últimas sesiones de la Sociedad de fotografía, M. Gobert, encargado del servicio fotográfico en el Banco de Francia, exhibió una prueba falsificada, muy á propósito para demostrar hasta qué punto puede llegar á ser hábil denunciador el aparato fotográfico.

Sabido es que ciertas sustancias incoloras ó débilmente coloradas escapan á la vista más perspicaz; nuestro ojo no está construido para ver todos los rayos luminosos; los rayos que emanan de la region ultra-violada del espectro no impresionan sensiblemente la retina, y precisamente estos rayos son los que obran sobre el papel fotográfico. De esto resulta que la fotografía viene á ser para nosotros un ojo auxiliar. Cuando no podemos ver, el aparato ve por nosotros.

Así, pues, cuando una prueba fotográfica antigua se ha borrado por efecto del tiempo, y solamente se ve en el papel una tinta amarillenta y difusa, el aparato ve aún perfectamente el dibujo primitivo, y encuéntrase en el papel sensible la imagen borrada con todos sus detalles y sus diferentes tonos. En general, las materias teñidas de amarillo, aunque

sea de un modo débil, se prestan perfectamente á esta clase de experimentos. El peróxido de hierro, aún en proporcion tan débil que escape á la vista, suministra pruebas muy vigorosas.

Partiendo de esta observacion, M. Gobert ha ideado usar el aparato fotográfico para revelar las falsificaciones de documentos realizados con tinta de escribir. La tinta usual es, como es sabido, un compuesto de tanino y de óxido de hierro; por diferentes procedimientos puede borrarse esta tinta, pero casi siempre quedan, sea en la superficie, sea en la pasta del papel, rastros de peróxido de hierro.

La química proporciona seguramente medios para reconocer estos rastros; pero la fotografía, sin alterar el objeto, tiene la ventaja de agrandarlo y presentarlo á la vista como si la imagen estuviese colocada bajo una lente de gran potencia.

M. Gobert ha obtenido por este medio pruebas ampliadas de una falsificación de un bono de caja de una de las grandes administraciones de Paris. El bono era de 405 francos, y el falsificador, borrando la cifra por medio de una sustancia llamada *encrívora*, trasformó la citada cifra en 5.000 y negoció el documento. El trabajo de falsificación estaba perfectamente ejecutado y nada se observaba á la simple vista; sin embargo, el aparato fotográfico puso de manifiesto la primera cifra.

En las pruebas se ve la cantidad real detras de la ficticia; y si en adelante el falsificador niega, la fotografía responderá por él.

No será supérfluo recordar, á propósito del excelente resultado que ha obtenido M. Gobert, el curioso procedimiento imaginado con el mismo objeto por M. Coulier, en Val-de-Grace. M. Coulier descubrió hace ya algunos años que el vapor de yodo se condensaba preferentemente, sobre el negro de los grabados, ó sobre todos los cuerpos que surcan, aunque sea imperceptiblemente, una hoja de papel blanco. De esta manera pueden reproducirse fácilmente los dibujos. El yodo revela hasta la más pequeña modificación física en la superficie del papel. Es cosa muy fácil hacer aparecer caracteres trazados sobre el papel ordinario con una pluma nueva mojada en *agua destilada*, y más fácilmente aún cuando se moja en agua ordinaria. El yoduro es tambien el mejor agente para revelar el empleo de las tintas llamadas simpáticas.

Este reactivo tiene tal sensibilidad, que permite leer los caracteres trazados con una pluma nueva recientemente cortada; tambien son visibles cuando se emplea una pluma metálica nueva.

Cuando se ha falsificado un documento, vése que el yodo forma manchas negras en los sitios donde se han hecho raspaduras ó están lavadas con reactivos químicos, encontrándose hasta las huellas de los dedos del falsificador. El yodo reproduce fiel-

mente las marcas de las papilas de los dedos, y M. Coulier ha hecho aparecer huellas de dedos perfectamente visibles en un papel blanco que había servido de taco á un arma de fuego.

El procedimiento de M. Coulier explica un juego de física que muchas veces ha excitado la curiosidad de personas que no estaban prevenidas. El operador ruega á un espectador que trace en una hoja de papel blanco con el extremo de una cerilla algunas palabras. En seguida hace ver que los caracteres son indescifrables; nadie puede leerlos. Coloca el papel en una cajita de cristal, y en cuanto cierra la caja, el operador lee en alta voz las palabras trazadas, invisibles, sin embargo, para todo el mundo, de manera que parece haber adivinado el pensamiento del que escribió.

\*\*\*

M. Eugenio Tisserand ha comunicado recientemente á la Academia de Ciencias de Paris el resultado de interesantes experimentos relativos á la accion del frio sobre la calidad de la leche.

En muchos puntos de Europa no se obtiene de la leche todo el partido posible. La rutina, la maldita rutina, hace conservar antiguas prácticas erróneas, que en algunas partes se han abolido, especialmente en Dinamarca y en Suecia, y hacemos absolutamente lo contrario de lo que debemos hacer.

Créese en algunos países que para obtener buena manteca y buena leche es indispensable mantener la leche á una temperatura uniforme de 12 á 13 grados; es necesario evitar, dicen, que se enfríe á un grado inferior á esta temperatura, porque entonces la crema sube mal, etc.

Ahora bien, M. Eugenio Tisserand ha sometido la leche de vaca inmediatamente despues de ordeñada á diferentes temperaturas, á cero, á 5 grados, á 10, y hasta á 35, y ha conservado cada porcion á cada una de estas temperaturas por espacio de veinticuatro y treinta y seis horas, y ha observado los efectos siguientes, que trascribo bajo su autoridad:

La subida de la crema es tanto más rápida cuanto más intenso ha sido el enfriamiento á que ha estado sometida la leche.

El volúmen de crema obtenido es mayor cuanto más intenso ha sido el enfriamiento á que ha estado sometida la leche.

El rendimiento en manteca es tambien tanto más considerable, cuanto más baja es la temperatura á que ha estado sometida la leche.

En fin, en este último caso son de mejor calidad la leche desnatada, la manteca y el queso.

En efecto, parece natural que el frio obre sobre la leche lo mismo que sobre la cerveza, el vino y todos los líquidos susceptibles de fermentacion, ayude á su conservacion y mejoramiento, impidiendo las aclaraciones debidas á la accion de los

fermentos. Atribúyese la excelente cualidad de la cerveza de Viena á su fabricacion en bajas temperaturas; todas las cervezas que no se fabrican á cero no se conservan tan bien, á no ser que se encuentren fuertemente alcoholizadas, y tienen un sabor mucho ménos fino. La leche mantenida en temperaturas inmediatas á cero puede, sin duda, mejorarse.

En el Norte de Europa hace tiempo que se abandonaron las prácticas antiguas; léjos de mantener la leche á 12 grados, se la enfría á seis grados bajo cero, por medio de grandes recipientes llenos de agua, y hasta por medio del hielo. M. Tisserand cree que convendría bajar más aún la temperatura. En todo caso, la leche tratada por este procedimiento es mejor, y su reputacion ha crecido tanto en poco tiempo, que en la actualidad se exportan hasta el extremo Oriente y á precio bastante elevado las mantecas preparadas en Dinamarca. Al mismo tiempo se rebaja el coste de fabricacion, puesto que se suprimen los caloríficos, el caldeoamiento y la compra de considerable número de vajijas para la crema.

Aplicando este sistema en todos los países á la fabricacion de mantecas y quesos, los rendimientos de la leche aumentarían en calidad y cantidad, se facilitarían los trasportes y aumentaría la riqueza de las localidades donde, abundando el ganado, es fácil el desarrollo de esta industria.

ENRIQUE DE PARVILLE.

#### Empleo de la electricidad en la demencia.

El doctor Williams no emplea la electricidad en las formas secundarias, tales como la demencia, pareciéndole especialmente favorables los casos de simple depresion. No opera directamente sobre el cerebro, porque, segun él, la mayor parte de las enfermedades mentales tienen su origen en los cordones espinales ó en la médula oblongada, y al nivel de ésta aplica la corriente. Emplea la corriente constante de una batería de Stohrer de 40 pares. Cita 11 casos favorables (8 mujeres y 3 hombres).

Un soldado de cincuenta y un años, depresion de fuerzas, insomnio, aversion hácia los alimentos: curado en un mes por la electricidad. Una señora de cincuenta años, depresion de fuerzas, con excitacion desde diez y siete meses ántes; en vano se habían ensayado todos los remedios, y se acercaba á la demencia: curó rápidamente por la electricidad. El tercer caso es el de una señora de veintiseis años; depresion, tendencia al suicidio: curacion rápida; y así en los demas casos, segun *The Lon. med. Rec.*